

Selección TERROR

PROHIBIDO IRRITAR AL DIABLO



CLARK CARRADOS

PROHIBIDO IRRITAR AL DIABLO

Colección SELECCION TERROR n.° 483
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.714-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CLARK CARRADOS
PROHIBIDO IRRITAR AL DIABLO
Colección SELECCIÓN TERROR n.° 483
Publicación semanal

BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 10.714-1982

Impreso en España - Primed in Spain

1.a edición: mayo. 1982
1.a edición en América: noviembre. 198/

Todos loa personaje» y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginacion del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, sersa simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Brugoera S A. Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

El rumor de las voces le despertó, aunque durante un buen rato no supo siquiera de qué se trataba ni tampoco tenía la menor idea del lugar en que se encontraba. Albert Moore permaneció unos minutos, tendido donde estaba, con los ojos cerrados y sintiendo en las sienes unos dolorosos latidos que le parecían sendos martillos neumáticos aplicados simultáneamente a ambos lados de la cabeza.

—La pescaste buena —se dijo, al notar la espantosa sequedad y el horrible mal gusto de boca.

Las voces se acallaron de pronto y se oyó una música que parecía proceder de un órgano situado en las entrañas de la tierra. Era una música salvaje, atronadora a veces, suave en pocas ocasiones y con notas inesperadamente discordantes, que crispaban los nervios y parecía como si los cortasen con cuchillas de afeitar.

Moore se atrevió a abrir los ojos en una ocasión y percibió una penumbra rojiza, una luz espectral, que le pareció procedía de todos los sitios y de ninguno al mismo tiempo. Aquella música infernal le hizo retorcerse de dolor y tuvo que taparse las orejas con las manos, para evadir la tortura de sus notas demoníacas.

Luego, bruscamente, la música cesó y se hizo el silencio.
Moore percibió una ligera mejoría en su estado general,aunque no demasiada, y trató de darse una idea de la situación en que se hallaba.

Estaba tendido en el suelo y le dolía también la nuca, seguramente, se pensó, a causa de la postura forzada en que había dormido durante un tiempo que aún no sabía precisar. Tenía una vaga idea de haber visto llegar la noche, pero, en aquellos momentos, no hubiera podido precisar si era la noche de la víspera o de dos días antes.

En aquel lugar, por otra parte, no sabía aún si era de día o de noche. Era un espacio cerrado, amplio, de sección rectangular y techo de gran altura, el equivalente, por lo menos, a dos pisos. En uno de los lados divisó una especie de plataforma semicircular, que se elevaba a cosa de un metro sobre el suelo de la estancia.

Moore se hallaba a la altura del primer piso, detrás de una barandilla de hierro forjado, pintada de blanco, con el pasamanos de oscura madera. Debajo de él divisó un espectáculo singular.

Había una docena de mujeres, todas vestidas de blanco, con largas túnicas, sentadas sobre sus propios talones, que parecían esperar algo muy interesante, formando semicírculo frente al estrado. Ninguna de ellas era vieja, aunque sólo había una o dos que se pudieran considerar jóvenes, de unos treinta años como mínimo. Las otras tenían edades entre cuarenta y cincuenta años.

Moore se preguntó cómo había podido ir a parar a aquel lugar. Los recuerdos empezaron a afluir a su mente. De súbito, echó mano al bolsillo y lo notó completamente vacío.

En la billetera no quedaba un solo billete.
—Me la jugaron buena —masculló, enojado.
Quiso mirar la hora, pero notó, con asombro, que le faltaba el reloj. No tardó en llegar a una conclusión.
—Me han desplumado por completo —murmuró.
Pero sus desventuras personales pasaron a un segundo plano, cuando, de repente, se oyó un fuerte clamoreo, procedente de una docena de gargantas femeninas.
En el estrado se oyó de repente una fuerte explosión, a la vez que surgía una densa columna de humo blanco. Cuando los vapores se disiparon, Moore, enormemente asombrado, vio a un hombre.

Era muy alto, casi dos metros, delgado, pero no esquelético, y vestido con una larga túnica de color fuego, de la que sobresalían sus manos largas, de dedos huesudos rematados en uñas afiladas como garras de felino.

El pelo era negro, con ligeras entradas a ambos lados de la frente, de modo que en el centro formaba un pico, muy agudo y que llegaba a poco más de dos dedos del entrecejo. Los ojos brillaban como si permitieran la salida de la luz interior de su cerebro.

Las mujeres alzaron los brazos. Durante unos minutos, Moore, que no se atrevía a interrumpir aquella estrambótica ceremonia, permaneció en el mismo sitio, quieto, en silencio, contemplándolo todo con los ojos a ras del suelo.

Un extraño olorcillo llegó a su pituitaria. Tuvo que hacer extraordinarios esfuerzos para no estornudar, lo que habría revelado su presencia en aquel lugar. De repente, divisó una cara conocida.
—¿Qué demonios hace esa mujer aquí? —se preguntó.

La palabra demonios, pensó, cuadraba con toda exactitud con el olor a azufre que invadía la atmósfera. Moore estudió al sujeto de la túnica

roja y se preguntó si sería el mismísimo diablo, que había acudido al conjuro de unas cuantas mujeres practicantes de aquella satánica religión.

Volvió a mirar a la mujer conocida. Hacía algunos años que no veía a Shera Grooth, pero siempre le había parecido mujer de mente equilibrada y poco dada a fantasías. Ahora, sin embargo, tomaba parte en una ceremonia confusa, hiriente, poco agradable. ¿Qué pretendía con ello?
Bruscamente, el hombre de la túnica roja lanzó un poderoso grito:
—¡Amadas mías! Aunque me consideráis como vuestro dueño, yo soy vuestro obediente servidor, porque, a cambio de vuestra devoción hacia mí, os doy algo que los simples mortales no podrían concederos jamás, por sus limitados poderes...
—¡Ashakel, Ashakel, Ashakel...! —gritaron las mujeres frenéticamente, a la vez que agitaban sus brazos presas de un delirante frenesí.

El hombre de la túnica roja sonrió, evidentemente complacido y movió ligerarnente los brazos, para imponer silencio. Cuando lo hubo conseguido, prosiguió:

—Sabéis muy bien que no os pido nada para mí. ¿Cómo os voy a pedir algo, si yo, por mi propia naturaleza, no necesito nada?

Pero el hombre que obedece mis órdenes y que trabaja para proporcionaros lo que tanto deseáis, es un mortal que está sujeto a las limitaciones propias de su condición.

Por tanto, deberéis dejar, en el mismo lugar en que ahora os halláis, la donación para que ese mísero ser, que, sin embargo, os proporciona tanta dicha, pueda continuar sus trabajos. Hacedlo así, amadas mías.
—¡Sí, Ashakel! —aullaron las mujeres.
Shera Grooth no era la de menor potencia de voz. Moore se sentía estupefacto.

Siempre le había parecido una mujer equilibrada, de mente sana, aunque, en otros aspectos, terriblemente apasionada.
Pero ciertas debilidades no le habían impedido nunca juzgar con espíritu ponderado las actividades humanas y mostrar en muchas ocasiones un escepticismo que a veces parecía hasta irreverente.

Y ahora estaba allí, adorando o poco menos, a un sujeto que se hacía llamar Ashakel... Un nombre vagamente diabólico, se dijo.
«Al menos, tiene aspecto de demonio», pensó.

Ashakel volvió a hablar.

—Todas vosotras me sois fieles y jamás me traicionaréis, pero en toda comunidad hay cuerpos perniciosos, que es preciso eliminar, por el daño que causan a los demás con sus traiciones, tan semejantes a una gravísima enfermedad en un organismo vivo. Si ese cuerpo pernicioso no se extirpa, el organismo corre peligro de morir. Vosotras no lo vais a permitir, ¿verdad?

—¡No, no, Ashakel! ¡Extirpa la enfermedad! Sálvanos a las demás...
El hombre de la túnica roja sonrió satisfecho.
—Os voy a complacer —dijo.
Agitó la mano y una espesa nube brotó del estrado. Cuando se disipó, Moore, que aún no había salido de su asombro, vio una especie de poste metálico al cual se hallaba sujeta una mujer completamente desnuda.
La mujer parecía drogada, ya que se la veía ausente de cuanto la rodeaba. No era ya una jovencita, pero aún resultaba muy atractiva.
Los cabellos estaban sueltos y tenía la cabeza inclinada a un lado. Moore vio que un hilo de saliva resbalaba por la comisura de sus labios. Ello le confirmó sus hipótesis sobre el estado físico de la mujer.
—El fuego eterno... Mi fuego va a caer sobre la traidora —clamó Ashakel—. Ahora veréis cómo la infiel purga sus crímenes, porque empezará a arder aquí y seguirá ardiendo en las profundidades de mis dominios. Allá abajo arderá para siempre, para siempre... ¡PARA SIEMPRE!

Ashakel movió la mano otra vez. Entonces sucedió algo horripilante.
Se oyó un intenso silbido, de tonos muy bajos, sin embargo. Una enorme llamarada brotó del suelo y envolvió por completo a la mujer.

Sonó un chillido horroroso. La mujer parecía haberse dado cuenta de su situación y, abrasada por aquel potente fuego, gritaba espeluznantemente.

Los cabellos ardieron de golpe. Su hermoso cuerpo se puso rojo primero y luego ennegreció. Un espantoso hedor a carne quemada se expandió por la atmósfera.

En los labios de Ashakel lucía una sonrisa infernal. De pronto, movió la mano y la mujer y el fuego desaparecieron súbitamente,

Ashakel dijo:
—Yo me vuelvo a mis dominios. Recordad lo que os dije y pensad en todo momento en los castigos que puede sufrir la que nos traicione.

Os saludo, amadas mias.

Brotó una nube de humo del estrado y, cuando se disipó, Ashakel había desaparecido.
Las mujeres salieron en silencio. El lugar quedó vacío.
* * *

A Mcore se le habían pasado ya los efectos de la borrachera. Tenía miedo.
Sin quererlo en absoluto, había asistido a una infernal ceremonia, en la que una mujer había sido abrasada viva, como castigo a... ¿Cuál había sido su traición?

De repente, se echó a reír. Todo había sida una comedia para engañar a unas bobas. La infiel no era mas que un maniquí, muy bien hecho. Todo trucos de teatro, se dijo.

Pero ¿con qué objeto?

De pronto, vio en el suelo un semicírculo de sobres blancos.

Ashakel había hablado de donaciones. Un hombre debía recibir dinero para realizar ciertos experimentos...

Una sonrisa distendió sus labios. Se le había ocurrido una idea y decidió ponerla en práctica inmediatamente.

Aquellas tontas habían sido víctimas de una estafa. Bueno, si el estafador se quedaba sin su botín, e! mundo no
perdería gran cosa. Además, conocía a una de las donantes. Le devolvería el dinero y...

Los efectos de la borrachera se le habían pasado por completo. Incorporándose un poco, vio al fondo una escalera que daba a la planta baja.

Moore no se lo pensó dos veces. Corrió hacia la escalera, descendió a saltos y sin agacharse más que una vez, recogió todos los sobres que, percibió en el acto, estaban bastante abultados.

Frente a él divisó una puerta, hacia la que se encaminó sin perder un segundo. Abrió, se encontró en un vestíbulo, lo cruzó, encontró otra puerta y, después de abrirla, vio el campo abierto.

Era de noche cerrada, pero el cielo estaba despejado. Divisó un camino entre árboles y lo siguió. Una milla más adelante, encontró

una carretera, desierta en aquellos momentos.

Por la posición de las estrellas, dedujo la dirección que debía tomar. Era fuerte y, aunque todavía notaba en su organismo algunos efectos del exceso de alcohol, echó a andar inmediatamente.

Tres millas más adelante, encontró una estación de servicio, con cafetería. Fue a los lavabos y abrió uno de los sobres.
Silbó de asombro al ver veinte billetes de cien libras. Era lógico suponer que cada uno de los restantes contenía una cantidad similar.

Regresó al mostrador y pidió café. El mozo le atendió de inmediato.
—Necesito un vehículo —dijo Moore poco después—. Mi automóvil se ha averiado a dos millas de aquí y tengo que llegar a Londres cuanto antes.
—Le daré un número de teléfono, señor —contestó el carnerero—. Eastcorb se encuentra a cuatro millas y allí siempre hay taxis dispuestos.
—Muy amable. Tendría cambio de cien libras, por favor?
—Desde luego, señor.

Moore dio una buena propina al mozo y luego fue al teléfono. Media hora mas tarde, se arrellanaba en el asiento posterior de un confortable automóvil.

Durante el trayecto, pensó más de una vez en lo que había visto en aquella extraña mansión.

Pero también pensó en los que le habían llevado a la casa y los comentarios que hizo acerca de ellos no eran precisamente benignos.

CAPITULO II

Había descansado veinticuatro horas y se consideraba completamente restablecido de la borrachera.

—Nunca más, nunca más... —se propuso firmemente.

A veces, pensaba que le habían puesto alguna droga en la copa. No lo podía afirmar con toda certeza, pero le parecía sumamente extraño haber llegado a semejante estado de embriaguez.

Ya lo averiguaría, se dijo. Ahora tenía que hacer algo más importante.

A media tarde, salió de su apartamento y se encaminó a cierta dirección que había frecuentado en tiempos. Treinta minutos más tarde, apretaba un timbre de llamada con el índice.

Una doncella salió a recibirle. Moore la contempló críticamente.

Era una muchacha muy hermosa, de poco más de veinte años, rubia, con ojos muy azules y una silueta que le pareció al summum de las perfecciones.
—Buenas tardes, señor —saludó la joven.
—Me llamo Moore. Deseo ver a la señora Grooth.
—Se lo comunicaré, señor —contestó la doncella.
—Gracias.

Moore cruzó la puerta. La criada cerró y echó a andar hacia el interior de la casa.

—Perdone —dijo él.
La doncella se volvió en el acto.
—¿Señor?
—Usted es nueva aquí...
—Llevo ya siete meses, señor.
—Oh... Claro, hace mucho más tiempo que no me dejo caer por esta casa... ¿Cómo se llama?
—Effie, señor.
—Gracias, Effie.
La chica se marchó. A los pocos momentos, se hizo visible de nuevo.
—La señora le recibirá inmediatamente —anunció.
—Effie, el día que yo sea millonario la raptaré a usted, para que sirva en mi casa. Incluso ahora mismo podría...
Effie rió discretamente.
—El señor tiene un humor excelente —contestó—. Tenga la bondad.

—Gracias, pero no se moleste; conozco el camino.

Momentos después, Moore entraba en un elegante salón, en el que se hallaba una hermosa mujer. Shera Grooth tenia ya cuarenta años, pero a Moore le pareció que su edad había disminuido en diez o doce.

—¡Bertie, querido! —dijo ella, tendiéndole las dos manos—. ¡Qué agradable sorpresa!

Pensé que estarías en los antípodas... o quizá en Marte... —Lanzó una risita—. Eres caro de ver, cariño —le reprochó afectuosamente.
—Bueno, he tenido trabajo...
—¿Te apetece tomar algo? ¿Una taza de té?

Moore miró de reojo a la dueña de la casa. Cinco años antes, Shera declaraba pública y constantemente su aversión al té y su apasionamiento por el whisky, el coñac y los buenos vinos.
—Parece que has cambiado —observó.
—¿Por qué lo dices, encanto? —preguntó ella remilgadamente.

—En otros tiempos, me hubieras puesto la botella en las manos...
—Eran otros tiempos. Ahora detesto el alcohol y muchas otras cosas que antes arruinaban la salud. ¿No quieres tomar una taza de té?
—No, de veras. Shera...
—¿Sí, muñeco mío?

Moore cerró los ojos un instante. Shera volvía a pronunciar un apelativo que le ponía frenético. Realmente, años atrás había sido su muñeco, aunque, por fortuna, había conseguido sustraerse a la casi morbosa atracción que ejercía aquella mujer sobre él.
—Yo querría decirte algo, pero no sé si te molestará...
—Oh, no te preocupes, cariñito; entre tú y yo no hay secretos... -Shera volvió a lanzar otra risita enteramente artificial—- O no los había en tiempos, creo recordar.
—No, no los habia —dijo él—. Y por eso mismo he venido a traerte algo que dejaste olvidado en algún lagar.

Después de mucho reflexionar, había llegado a la conclusión de que lo mejor era devolver a Shera las dos mil libras que había dejado como donativo. Era un buen punto de arranque para conocer las causas que habían llevado a Shera a aquella estrambótica reunión.
—Encontré este sobre —añadió, a la vez que lo ponía en manos de la mujer.
--¿Qué es esto? —preguntó ella.
—Dos mil libras. Las... perdiste en cierta reunión...

Los ojos de Shera perdieron su languidez instantáneamente.

—Bertie, gracias por tu desinterés, pero no he perdido dos mil libras en ninguna ocasión —dijo con voz tirante.

Moore se quedó atónito. Pero su asombro duró muy poco.
—Pero, Shera, yo mismo te vi en aquella reunión... Ashakel os dirigió un discurso...
—Jamás he oído hablar de ningún tipo llamado Ashakel.

En aquel instante, Moore supo que Shera no tenía el menor interés en admitir su presencia en la reunión de adoradoras de Ashakel, fuera éste quien fuera. En el rostro, todavía muy hermoso de Shera, había ahora dureza. Y también algo de miedo, adivinó.
—Bueno, si tú lo dices...
—Bertie, ¿cuándo fue esa reunión? —inquirió Shera.
—Hace dos noches...
—Estuve cenando con Patty Mawbrey y Laura Davies.
Puedes preguntárselo a ellas, si no me crees.
—¡Por favor, cómo dudar de tu palabra!
Moore sonrió.
—Así que el dinero no es tuyo —insistió.
—Si lo has encontrado, quédatelo sin reparos. Y ahora, perdóname...
Shera se enderezó un poco y tiró del cordón que tenía al alcance de la mano. La doncella apareció instantes después.
—Effie, acompañe al señor Moore —ordenó la dueña de la casa.
—Sí, señora.
Moore caminó hacia la puerta. Al llegar allí se volvió y abrió la boca.
Pero no dijo nada. El instinto le decía que Shera callaría absolutamente.

Estaba furiosa, pero, sobre todo, tenía miedo. A ver si va a resultar cierto que Ashakel quemó a una mujer en aquella casa, pensó.

Cuando llegó a la puerta de la calle, dirigió una mirada a la doncella.
—Effie, si un día la despiden, venga a verme —dijo.

Pero era una invitación formularia. La chica era guapísima y a él no le habría importado en absoluto sostener un romance con semejante beldad.

A los pocos minutos, sin embargo, se había olvidado por completo de Effie. Pero no de Shera Grooth.

¿Por qué negaba lo que era evidente? ¿Por qué prefería perder dos mil libras antes que admitir su asistencia a la reunión?

Dejó de lado aquellos interrogantes. Antes de profundizar en el asunto, tenía otro pendiente y quería resolverlo con la mayor brevedad posible.

Tocó con los nudillos en la puerta y esperó unos momentos. Un individuo abrió, le miró un instante y soltó una gruesa interjección.

Luego quiso cerrar, pero Moore retuvo la puerta con el hombro izquierdo, a la vez que disparaba el puño derecho. Alcanzó en la boca al hombre y lo tiró patas arriba.
Luego entró, cerró a sus espaldas y miró sonriendo a ia mujer que le contemplaba aterrada.
—Bertie, yo no...

Moore alargó la mano derecha.
—Me volaron doscientas libras —dijo—.

Seguramente, esperabais más, pero no suelo llevar encima mucho dinero. Aquella noche, sin embargo, era una excepción, Rosie Fulbert.

—Bertie, deja que te explique...

—No tienes que explicarme nada, encanto.

De pronto, Moore reparó en el sujeto que yacía en el suelo, aturdido, sin fuerzas para moverse y vio algo en su muñeca izquierda. Sonriendo, se inclinó y recobró el reloj que le habían quitado dos noches antes.

Luego registró los bolsillos del sujeto. Encontró ciento veinte libras.

—Daré las ochenta restantes por perdidas —manifestó alegremente --. Rosie, si no te hubieras comportado tan traidoramente. yo habría sido mucho mas generoso contigo.
..... me obligó —lloriqueó Rosie.

—No me vengas ahora con el cuento de la lástima —se burló Moore —. Lo que hiciste, lo hiciste a conciencia pensando en dejarme tan limpio como el plato de un hambriento después de haber comido. Te diré otra cosa, Rosie: A veces se me ha ido un poco la mano en el alcohol, pero jamás he pillado una borrachera semejante.

- Bebiste desenfrenadamente —alegó ella.

.....Y. en algún momento, pusiste un brebaje en mi copa, ¿Eh?

Rosie apretó los labios. Moore supo así que había adivinado la verdad.

Muy bien el asunto está canecelado. Creíste, con tu amigo, claro encontrarías los bolsillos rebosando billetes de banco pero, por fortuna, no fue así. En lo sucesivo Rosie busca otro primo, ¿entendido?

Ella forzó una sonrisa

Al fin de cuantas, nos ganamos la vida aligerando de peso los bolsillos de los que ganan el dinero sin trabajar

Es la disculpa de ciertos tipos a los que tampoco les gusta trabajar

En lo que a mi se refiere he trabajado como un negro un montón de años, hasta que me despidieron

Pero que diablos te importa a ti mis asuntos particulares

Fue hacia la puerta, pero, de pronto, pareció recordar algo y se volvió hacia la joven.

Por cierto Rosie ¿cómo se os ocurrió llevarme a aquella casa ?

Lo hizo el yo no estuve allí siquiera... !

Moore fijo la vista en el caído. Corkie Niggle había recobrado el conocimiento pero simulaba todavía estar desvanecido.

—De modo que me llevó él —dijo.
—Así es. Yo me volví a casa -contestó Rosie.
—¿Por qué tuvo que llevarme tan lejos?

Bruscamente, Niggle se puso en pie de un salto.
—Te lo voy a explicar ahora mismo —rugió
Disparó el puño derecho y Moore apenas pudo esquivar el golpe. Ladeó un poco la cabeza, pero el puño de Niggle le alcanzó en un ojo y vio todas las estrellas del fimamento.

Furioso, levantó el pie y golpeó la ingle de Niggle. El sujeto se desplomó aullando.
Rosie tenía un jarrón en la mano y se lo tiró al joven. Moore lo atrapó al vuelo y lo devolvió en el acto, Ella emitió un chillido de pánico, cuando el jarrón pasó rozando su cabeza y se estrelló contra la pared, con gran estrépito de cerámica fragmentada.

—La función ha terminado —dijo alegremente.

Pronto dejó de sonreír, sin embargo. Se puso muy serio cuando se dio cuenta de que el ojo se le estaba hinchando rápidamente.
* * *
Cuando llegó a su casa, el conserje le dio una noticia.
—Le están aguardando, señor —anunció.
—¿Quién? —preguntó Moore.
El conserje sonrió maliciosamente.
—Está en su apartamento. Me permití abrirle... Creo que es de toda confianza, señor,

Moore torció el gesto, pero no dijo nada. Sería algún viejo amigo, al que hacía tiempos que no veía... Lo que menos tenía ahora eran ganas de sentarse ante unas copas, a charlar de los buenos tiempos de la universidad... Qué bien te encuentras, yo ya echo tripa, empiezo a tomar bicarbonato, tengo que empastarme dos dientes, pasado mañana operan de amígdalas a mi hijo mayor, tengo una suegra que es un demonio, la vida está cada vez más cara...

Sintió un escalofrío al pensar en una conversación con semejantes temas. En pocos meses, se había encontrado con dos condiscípulos y los encuentros, agradables en un principio, se habían convertido después en una tortura.
—No lo aguantaré mucho, sea quien sea —murmuró.

Llegó a su apartamento y abrió la puerta.
Lo primero que vio fue una maleta en las inmediaciones de la entrada.
Luego percibió ruido de tacones altos.

Enormemente intrigado, se dio cuenta de que la sala, en la que hasta hacía poco reinaba un desorden poco menos que caótico, estaba

ahora perfectamente arreglada, con todas las cosas en su sitio y sin la menor mota de polvo en los muebles y las superficies lisas. Tenía un pañuelo sobre el ojo izquierdo, para calmar el escozor que sentía a causa del golpe y casi se le cayó al suelo.

El taconeó sonó más próximo. Un segundo más tarde, una joven se hizo visible y Moore sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—¡Effie! —exclamó sin poder contenerse.

La chica sonrió encantadoramente.
—Bien venido a casa, señor —dijo.

CAPITULO III

Effie vestía ahora un sencillo traje azul oscuro y su cabello quedaba libre, al no llevar puesta la cofia del uniforme. Moore trató de dominar la sorpresa que le producía la inesperada presencia de Effie en su apartamento.

—¿Sucede algo, señor? —preguntó ella, en vista del silencio del joven.

—Bueno, me pregunto qué hace usted aquí...
—Usted dijo que si un día me quedaba sin empleo, podía venir a pedírselo.
—Sí, es cierto... —Moore lanzó un chillido—. ¡Effie, no me diga que la han despedido!

Ella se puso un poco triste.
—Hoy mismo, señor —contestó—. No había pasado ni media hora desde que se marchó usted, cuando la señora me puso de patitas en la calle.
—Vaya —resopló el joven—. Quién lo hubiera dicho... Parecía que Shera la tenía en mucha estima...
—Era sólo una impresión superficial, señor.
—Nunca acaba uno de conocer a las mujeres —sonrió Moore—. De modo que ahora está sin empleo... Oiga, ¿de veras creyó que yo podía admitirla a mi servicio?
—¿No lo decía en serio? —se alarmó Effie.
—¿Cómo demonios le digo que sólo se trataba de una broma dirigida a una muchacha encantadora?», se preguntó Moore.
Por lo visto, se lo había creído. ¿Iba ahora a desilusionarla?
Carraspeó con fuerza.
-—Bueno, Effie... ¿De veras necesita el empleo?
—Sí, señor. Si usted no me acepta, iré mañana a la oficina de colocación...
—¡No! —gritó él—. Effie, queda contratada... ¿Cuánto le pagaba la señora Grooth?

—Una miseria, señor: diez libras a la semana. Pero yo prefería ese trabajo, porque, de lo contrario, hubiera tenido que hacer otras cosas menos agradables. Estuve de camarera en un bar y lo dejé porque lo menos que querían era que les sirviese bebidas, no sé si usted me entiende.
—La entiendo perfectamente, Effie, y hasta veo que se ha traído el equipaje.

—Una maleta con lo más indispensable, señor. El resto está en la consigna de la estación de Waterloo. No tenía dónde dejarlo.
—De modo que la señora Grooth la ha despedido.
—Literalmente me ha hechado de su casa y poco le ha faltado para que me diese de puntapiés.
—Esa mujer está chiflada —rezongó Moore—. Bien, Effie, parece que ya conoce la distribución del apartamento.
—Lo he ordenado un poco, señor. La verdad es que estaba imposible, y dispense la crítica...
—No se preocupe. La mujer de las faenas viene una vez a la semana solamente y a veces me falla. Effie, su salario será de quince libras semanales, a partir de este momento. ¿Le conviene?
—Encantada, señor. Pero... ¿qué le sucede? ¿Ha tenido algún accidente? —exclamó la chica, vivamente alarmada.
—Oh, no es nada... Tropecé con una puerta...
—Permítame, señor, se lo ruego.

Effie quitó el pañuelo con suma delicadeza y observó un instante el ojo del joven, que ya empezaba a tornar un color desagradablemente amoratado.

—Para esta clase de golpes, lo mejor es un poco de hielo —dijo—. Un momento, señor...

Effie se marchó con viveza y volvió a poco con una bolsita de-plástico llena de cubitos de hielo. Hizo que el joven se tendiese en el diván y luego puso el hielo sobre el lugar afectado por el golpe.
—Téngalo un buen rato; luego se sentirá mucho mejor —sonrió.
—Effie, empiezo a sospechar que la señora Grooth ha realizado la mejor acción de su vida al despedirla y yo soy es beneficiario —dijo Moore jovialmente.
—No fue agradable, pero ya ha pasado y prefiero olvidarlo. Por cierto, ¿ha cenado ya el señor? ¿Quiere que le prepare algo de comer?
—No, gracias, Effie, no tengo apetito.
—Muy bien, señor. El desayuno, ¿a qué hora? ¿Tiene que acudir temprano al trabajo, señor?
—Por ahora... estoy de vacaciones, Effie. Ya se lo diré cuando me despierte por la mañana.
—Gracias, señor.

Effie se marchó y Moore empezó a preguntarse si su equilibrio personal no se vería afectado con la presencia de una joven tan encantadora en su casa de soltero.

Luego se preguntó qué horrible pecado había cometido Effie para ser

despedida poco menos que a puntapiés. Ya lo averiguaría en otro momento.
* * *

Effie sirvió el desayuno con presteza y diligencia muy notables, cosa que el joven no dejó de apreciar. Ella le trajo también el periódico de la mañana y luego se retiró de la sala.

Moore, sin embargo, la llamó momentos después.
—¡Effie!
—¿Llamaba el señor?
—Sí. Disculpe, pero se me había pasado por alto... ¿Dónde está su uniforme, Effie?

—Se quedó en casa de la señora Grooth. Ella me lo hizo quitar...

—Pero ¿es que esa mujer se ha vuelto loca? Antes no era así...
—Lo siento, señor. A decir verdad, a mí también me extrañó su actitud, pero ¿qué podía hacer?
— Nada, evidentemente. Al menos, supongo, le habrá liquidado su salario.
—Sí, señor, sobre eso no tengo queja alguna.
Moore metió la mano en un bolsillo y sacó un billete de cien libras.
—Salga luego y cómprese un par de uniformes a su gusto, Effie.
—Gracias, señor.
—Otra cosa, ¿cuál es su apellido?
—Donegal, señor.
—¿Irlandesa?
—Mi abuelo paterno.
—Está bien, eso es todo por ahora.
Effie se retiró. Moore se concentró en la lectura del periódico. Al cabo de unos momentos, en una de las páginas interiores, vio el retrato de una hermosa mujer y debajo un aviso, en el que se anunciaba su desaparición desde hacía tres días y se ofrecían doscientas cincuenta libras de recompensa a quien pudiera dar noticias sobre su paradero.

El nombre de la mujer desaparecida era Kathy Spasser. A Moore le pareció su rostro conocido.
De pronto, lanzó un gritó:
—¡Ella, es ella!

Sí, era la mujer a la que había visto arder en la misteriosa mansión a la que le habían conducido unos desaprensivos. Por tanto, no había sido un truco, sino una horrible realidad.

Kathy Spasser había muerto quemada viva.

Pero, ¿por qué? ¿Era cierto lo que había dicho Ashakel sobre su traición? Y, en todo caso, ¿a quién había traicionado?

Effie llegó corriendo, asustada por el grito que había proferido Moore.
—¿Sucede algo, señor?
Moore le enseñó la fotografía.
—Esta mujer ha desaparecido y me pareció conocida, eso es todo —evadió una respuesta

—¡Dios mío, la señora Spasser! —exclamó Effie
—¿La conocía usted?
—Sí, señor. Estuve sirviendo en su casa durante un año. Luego me contrató la señora Grooth...
—¿Por qué dejó a la señora Spasser? ¿O la despidió también?

Effie se puso seria.
—Pasaban algunas cosas raras, que no me gustaban nada. Lo soporté durante un tiempo; luego vi que querían hacerme participar en unas reuniones muy peculiares y decidí marcharme.

—Comprendo. Hizo bien, Effie —aprobó el joven. Dobló el periódico y se puso en pie—

Tengo que salir —manifestó—. Actúe con normalidad y no se olvide de comprar los uniformes. No hace falta que sean vestidos negros, con vivos blancos; bastará una sencilla bata... Bueno, usted me comprende, ¿verdad?

Effie dobló las rodillas ligeramente y sonrió.

—Sí, señor, muchísimas gracias.

Cuando salía de casa, Moore se dijo que algunos de sus antiguos conocidos le envidiarían si supieran la clase de criada que tenía ahora.

—Soy un hombre afortunado — tarareó, mientras abría la portezuela de su coche.

Rosie Fulbert le miró con ojos llenos de pánico. Moore procuró tranquilizarla.
—He venido en son de paz —anunció—. Quiero hablar con tu socio.
—No está en casa —declaró ella.

Moore torció el gesto. Rosie parecía sincera.
—Me interesaba mucho hablar con él —dijo.
—Lo siento, Bertie.
—Rosie, lo pasado pasado y no hablemos más del asunto —sonrió Moore—. Ya me hago cargo de que hay que ganarse la vida, aunque a uno le fastidia mucho saberse víctima de ciertos... trabajos.
—Bueno, es que tú también andabas pidiendo a gritos que te desplumasen. Tenías unas cuantas copas de más, invitabas a todo el mundo, enseñabas billetes... Si nosotros no lo hubiéramos hecho, alguien, al salir del pub, te habría dado un porrazo para limpiarte los bolsillos, en el callejón más próximo. O quizá te hubieran rebanado el pescuezo, de modo que si acabaste con la resaca de una borrachera, aún puedes darnos las gracias.

—Son puntos de vista —contestó el joven—. A pesar de todo, fui prevenido y no me eché al bolsillo más que unas doscientas libras.
—Festejabas algo. Ganaste en las apuestas, creo.

—Sí. El festejo era por partida doble.

Primero, me habían despedido del empleo y no lo lamentaba en absoluto. Segundo, se me ocurrió apostar y puse doscientas libras, veinte a uno. El penco al que había apostado ganó por dos largos de ventaja.

Rosie lanzó un penetrante silbido.
—Ganaste cuatro mil libras —exclamó.
—Exactamente. Rosie, ¿por qué me llevó tu socio a aquella casa?
—Dijo que te despistarías al despertar y que tardarías en encontrar el camino de vuelta...

—¿Había estado él antes en alguna ocasión?
—Creo que trabajó de jardinero con el anterior dueño, pero no sé más.

—Corkie me lo explicará, sin duda.

—Si vas en son de paz...

Moore se levantó las gafas negras que llevaba puestas y enseñó el ojo morado.
—Estamos en paz —sonrió—. ¿Cuándo podré verle?
—Está fuera de Londres. Acordamos reunimos a las nueve, en el mismo pub donde...

Bueno, no sé qué polvos puso en tu vaso, pero me aseguró que eran

inofensivos...

Un sedante, pensó Moore. De otro modo, no se explicaba haber perdido el sentido a media tarde y recobrarlo pasadas las doce de la noche. El sedante y el alcohol habían formado una mezcla infernal.

Y tratándose de Ashakel, lo de infernal estaba plenamente justificado.
—Has dicho a las nueve, Rosie.
—Más o menos, Bertie.

—Allí nos veremos. Si llega antes, dile que voy en son de paz. Te lo digo de verdad.

—Conforme, no te preocupes.

Moore salió de la casa muy preocupado. Si Corkie había trabajado en aquella mansión, debía conocerla bastante bien y, seguramente, podría facilitarle detalles sobre sus actuales habitantes. Por lo menos, conseguiría información y no tendría que moverse a ciegas.

A las nueve en punto, se encontró con Rosie.
—Pide una copa —invitó él.
—Gracias. No creo que Corkie tarde ya mucho.
—Esperaremos lo que sea. Yo, por lo menos, no tengo prisa.
El barman sirvió dos copas. Rosie levantó la suya.
—Por la paz —brindó.
. ... por nuestra despedios.
—¿Te marchas?
—Después de haber hablado con Corkie, dudo mucho que volvamos a vernos más, Rosie.
—Es lógico —convino ella un tanto melancólicamente.
Callaron un momento. Luego, Rosie señaló hacia la ventana.
—Ahí viene —indicó.

Moore volvió la cabeza. A través de los cristales, pudo ver a Corkie al otro lado de la calle. El sujeto aguardó a que pasaran dos coches y luego inició el cruce.

En la acera del pub había una furgoneta parada. Corkie pasó por detrás y, en aquel instante, alguien, desde la zaga del vehículo, le arrojó el contenido de un cubo, volcándoselo por encima de la cabeza.

Corkie se enfureció terriblemente. Antes de que pudiera hacer nada, un fósforo encendido voló por los aires y chocó contra las ropas empapadas del sujeto.

Una enorme llamarada brotó en el acto, envolviendo instantáneamente a Corkie de pies a cabeza, mientras la furgoneta arrancaba a toda velocidad. Los alaridos de Corkie, convertido en una antorcha humana, eran horripilantes. Las llamas, extrañamente, tenían una coloración azul en buena parte, pero su poder abrasador parecía absoluto. Rosie empezó a dar chillidos histéricos, mientras algunos de los clientes, más decididos, salían fuera para tratar de auxiliar al desgraciado que se abrasaba vivo.
Todo resultó inútil. Corkie murió antes de llegar al hospital.

CAPITULO IV

—El periódico, señor —dijo Effie a la mañana siguiente, después de servir el desayuno.

Moore contestó con un signo de cabeza. El recuerdo de lo sucedido la víspera le hacía todavía sentir escalofríos.

Ahora ya no tenía la menor duda de que Kathy Spasser había muerto quemada. Pero, ¿por qué Corkie había tenido que correr la misma suerte?

Leyó rápidamente las informaciones sobre el suceso. Un detalle llamó su atención de forma especial

Corkie estaba sentenciado a muerte desde que le volcaron encima el contenido del cubo. De haber sido simple gasolina, quizá hubiera tenido posibilidades de salvación. Pero, según los informes periciales, había algo más en el líquido del cubo.
—Naftenato de aluminio —murmuró.
Uno de los componentes del terrible napalm, pensó.

Aquella sustancia explicaba la coloración azul parcial de las llamas. Los investigadores habían encontrado también indicios de fósforo y magnesio.
—No, no tenía escapatoria.
—¿Decía algo, señor? —preguntó Effie.
—Nada, muchas gracias.
—El señor regresó anoche un poco tarde. Debiera haberlo esperado levantada...
—Usted ya había hecho su trabajo, Effie, no se preocupe.
—Muy bien, señor. ¿Puedo preguntarle si va a salir hoy? —En todo caso, más tarde. Tengo que estudiar unos datos...
Los datos, en realidad, eran unos mapas que se había procurado la víspera, pero que, en realidad, no había examinado todavía. Eran muy detallados y no tardó en encontrar la localidad de Eastcorb, el lugar donde había alquilado el taxi, después de la extraordinaria aventura ocurrida en la casa misteriosa.

«La casa de Ashakel», se dijo.
no era el demonio, pero lo parecía. ¿Dónde podría encontrar a aquel sujeto?

Pensó en Shera Grooth, pero desistió de la idea en el acto, tras la poco amistosa entrevista que habían sostenido ambos. Si pudiera

entrar en contacto con alguna de las mujeres que habían asistido a la reunión... Dos de ellas tenían su edad y eran muy guapas, pero no las conocía en absoluto. De otro modo, trataría de entablar amistad y...

Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el tiempo había transcurrido velozmente, hasta que vio aparecer a Effie con unos objetos en las manos manchadas de grasa.
—¿Qué es eso, Effie? —inquirió, lleno de asombro.
—El señor dijo que iba a salir y me pareció prudente limpiar el coche. Bajé al estacionamiento subterráneo y cuando terminé, se me ocurrió comprobar los niveles: ya sabe, agua, aceite, líquido de frenos, agua de la batería... Todo estaba correcto, salvo esto, señor.

Estupefacto, Moore contempló la lata metálica, que tenía adosada dos cilindros de color amarillento oscuro, sujetos mediante unas tiras de cinta adhesiva. Unos cables sobresalían de uno de los cilindros y se veía claramente que habían sido cortados con un instrumento afilado.
—¡Dinamita! —exclamó.
—Conectada al arranque eléctrico del coche, señor —confirmó Effie —. ¿Tiene enemigos el señor, que lo detesten tanto hasta el extremo de desear su muerte?

Moore reflexionó unos momentos. El único enemigo, tal vez, podía ser Ashakel, pero éste no le conocía ni sabía que había asistido ocultamente a su demoníaca reunión. De pronto, se sintió asaltado por una duda.
—Effie, ¿está segura de que se trataba de mi coche?
Ella le enseñó el llavero.
—Figura su matrícula, señor.

—Entonces, no cabe duda. Pero, ¿es que entiende usted de mecánica?
—Mi padre tenía un taller de reparaciones hace años. Yo atendía principalmente a la burocrática, pero, claro, algo se pega...
—Sí, comprendo. ¿No le gustaba la profesión, Effie?
—Mi padre murió hace tres años, dejando muchas deudas. El taller sirvió para pagarlas, señor.
—Lo siento de veras, Effie.
—Gracias, señor. ¿Le parece bien que informemos a la policía de lo ocurrido?
—No —contestó él rápidamente—. Sólo serviría para darnos dolores de cabeza...
—La lata, supongo, debe de contener gasolina, que propagaría el incendio después de la explosión —dijo la joven.

Preso de un súbito presentimiento, Moore se puso en pie de un salto.
—Vamos a verlo, Effie.

Cargó con la lata y se encaminó hacia la cocina. Con todo cuidado, soltó los cartuchos de dinamita y los dejó aparte. Luego agarró la lata, desenroscó la tapa y empezó a verter su contenido en el fregadero.

El líquido que salía olía principalmente a gasolina, pero también había otras sustancias, que le daban una cierta consistencia siruposa. Effie se tapó la nariz, haciendo pinza con los dedos.
—Huele a demonios... con perdón, señor.
—Está perfectamente dicho —sonrió él.
—¿Qué es? ¿Se le ocurre alguna idea, señor?
—Un napalm de fabricación casera, pero terriblemente efectivo. En lineas generales, el napalm se compone de gasolina, naftenato de aluminio y aceite de coco o de palma, como quiera. Pero aquí, además, le han agregado un poco de fósforo vivo, lo que aumenta la virulencia del fuego, porque, además, el fósforo se adhiere a la carne y no se puede despegar, hasta que se ha consumido por completo.
—¡Qué horror! —se espantó la chica—. Indudablemente, hay alguien que le quiere muy mal, señor.

Moore terminó de vaciar la lata. Luego abrió el grifo y dejó correr el agua libremente. De pronto, se le ocurrió una idea.
—Effie, deje que el agua siga fluyendo unos minutos; es preciso que arrastre ese líquido infernal —dijo.
—Bien, señor.
—Yo cuidaré de la dinamita y, desde luego, cada vez que vaya a subir al coche, miraré antes el motor. Le debo la vida, no cabe duda.
Moore volvió a la sala y marcó un número. Al cabo de unos momentos, oyó una voz femenina.
Había puesto un pañuelo ante el micrófono y, además, disfrazó la voz y adoptó un tono bajo, profundo.
—Señora Grooth, ¿me reconoce?
—¡Ashakel, mi dueño y señor! —exclamó Shera instantáneamente—. ¿Cuándo me vas a dispensar el infinito placer de recibirte en mi casa?

Está chiflada, no cabe duda, pensó Moore.
—Tengo infinidad de ocupaciones, pero trataré de buscar un hueco en mi tiempo lo más pronto que sea posible —contestó—.

Quiero pedirte un favor, Shera.
—Tú me ordenas, mi señor. ¿En qué puedo servirte?

Moore se esforzó por recordar detalles de una de las asistentes a la

reunión.
—Es una de mis amadas. Tiene el pelo de color rubio oscuro, muy suelto y largo...

No consigo recordar su nombre; a veces pienso que bloquea su mente, porque todavía no confía de un modo absoluto en mí...

—Ah, Norma Hill —exclamó Shera.
—Sí, la misma. Te doy las gracias, amada.
—Soy tu obediente servidora, mi señor.
Moore colgó el teléfono. Con el nombre tenía bastante, se dijo. Ya encontraría a la tal Norma Hill y, esperaba, podía resultar mucho más... receptiva y complaciente que Shera.
Effie llegó de pronto con un mapa en las manos.
—Perdone, señor, pero he visto aquí una marca...
—Sí, es un lugar al que pienso viajar hoy mismo y espero estar de vuelta antes de que sea de noche.

—Es curioso. Nunca me imaginé que conociera usted a mi difunta tía Ingrid —declaró la muchacha sorprendentemente.
Moore arqueó las cejas.
—Y no la conocí, ni había oído nombrarla hasta este momento —contestó—. ¿Por qué lo dice, Effie?
—Señor, si no me equivoco, el lugar que usted ha señalado es la casa de mi tía Ingrid —dijo Effie.
* * *

Effie se había cambiado de ropa y Moore abrió la portezuela para que se acomodara en el coche. Luego fue a su sitio, accionó el contacto y rodó lentamente hacia la salida del parking.
—Bien, Effie —dijo, cuando ya estaban en la calle—, y ahora, hábleme de tía Ingrid.
—La verdad, señor, no puedo decirle gran cosa. Mi padre, si viviera, sí le daría más detalles. Yo sólo sé que en los últimos años de su vida, tenían unas discusiones terribles. Tía Ingrid decía que mi padre era un hombre interesado solamente en su dinero, pero eso no es cierto. Lo que quería era protegerla de toda la chusma de adivinos, videntes, espiritistas y telépatas que pululaban constantemente a su alrededor, y que la desangraban como repugnantes sanguijuelas.

—Algunas personas, realmente, son crédulas hasta la exasperación —dijo Moore, recordando el diálogo sostenido con Shera—.

Continúe, por favor, Effie.
—Bien, el caso es que mi padre acabó por cansarse y la dejó por

imposible. Yo era poco más que una chiquilla y lo único que supe, algunos años más tarde, es que tía Ingrid había dejado todos sus bienes, incluida la casa de Eastcorb, a una Fundación Para La Prospección Mental del Futuro.
—Una sociedad de espiritistas, vamos.
—Adivinos diría yo, señor. Pero el caso es lo mismo. Cuando papá necesitó su ayuda verdaderamente, ella estaba agonizando y ya no se podía revocar el testamento. Papá
sostuvo siempre la teoría de que la habían envenenado, pero no se pudo demostrar.
—Effie, perdone, pero su padre trabajaba en un taller propio, lo cual indica una vida desahogada, relativamente, mientras que su tía, parece, era muy rica.
—Sí, se casó con un hombre adinerado y heredó toda su fortuna cuando murió. Pero aquellos miserables la sorbieron el seso...
—¿Conocía usted alguno de los miembros de la Fundación?
—No, ni tengo la menor idea de quiénes puedan ser. Papá trató de averiguar algo y hasta habló con el abogado de tía Ingrid, quien le dijo que el testamento estaba redactado en términos irreprochablemente jurídicos y que ningún tribunal dictaría una sentencia de nulidad. Ya no insistió más sobre el asunto.
—Comprendo. Effie, ¿recuerda al menos el nombre de ese abogado?
—Sí, señor.
—Ya me lo dirá en otro momento. Resultará interesante hacerle una visita... y también convendría averiguar qué fue de esa Fundación que pretende desentrañar los enigmas del porvenir.
—A mí me parece, señor, que son una cuadrilla de bandidos —dijo la chica.
—Estoy de acuerdo con usted, Effie.

CAPITULO V

A la luz del día la casa parecía siniestramente amenazadora, entre los altos árboles que la rodeaban y que ocultaban buena parte de su fachada. El jardín estaba completamente descuidado y la maleza abundaba por todas partes.

—No parece que hayan sacado mucho fruto de la herencia —observó Moore.

—Lo que había realmente de interés era la cuenta del Banco —respondió Effie irónicamente.

—Sí, quizá tenga razón. Usted conoce la casa. ¿Por don de entramos?

—Tal vez la puerta posterior... Sígame, señor.

Effie rodeó el edificio y llegó a la puerta trasera. Era de madera y se veía muy vieja, casi podrida.

—Está cerrada con llave —dijo.

—Bueno, supongo que los de la fundación no se quejarán de nosotros —sonrió Moore.

Levantó el pie y golpeó con fuerza. La cerradura saltó sin apenas dificultad.

—Señor —dijo Effie de pronto.

El joven se volvió.

—¿Sí, Effie?

—¿Puedo... preguntarle qué tiene de interés esta casa para usted?

—Hace unos días, vi quemar viva a una mujer. Luego le daré más detalles, pero, de momento, debe saber que eso ocurrió aquí.

—Me cuesta trabajo creerlo —dijo ella.

—Lo siento, pero no fue ninguna fantasía. La mujer que ardió era Kathy Spasser.

—¿La desaparecida?

—Sí, exactamente.

Entraron en la casa. Effie le guió a través de un corredor, que daba al gran vestíbulo. Moore reconoció el lugar instantáneamente.

Una escalera partía del centro y se dividía en dos tramos, que luego formaban sendos corredores voladizos. El había despertado en uno de ellos y contemplado la escena sin ser visto.

El estrado se hallaba en el mismo sitio. Moore subió de un salto y empezó a examinar el suelo de madera.

No tardó mucho en encontrar dos trampillas. Golpeó con el tacón, pero sólo consiguió hacer ruido a hueco. Effie le contemplaba expectantemente en el suelo del vestíbulo.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia la joven.

—En la casa, supongo, debe de haber un sótano —dijo.

—Sí, señor. Era la bodega y sé que en tiempos había muy buenos vinos.
—Alguien se los habrá soplado —sonrió él—. ¿Puede guiarme al sótano, Effie?
—Sí, señor.
La joven se acercó a una puerta y tocó un conmutador situado a un lado. Luego se volvió hacia Moore.
—No hay luz, señor.
—Habrán cortado la corriente por falta de pago —dijo él, sarcástico—. Esos tipos de la Fundación que tratan de adivinar el porvenir, no fueron capaces de imaginarse que les cortarían la luz.
—Seguramente, no descienden a minucias —contestó ella en el mismo tono—. Con su permiso, señor; quizá haya velas en la cocina...

Effie se marchó y volvió a los pocos momentos con dos palmatorias. Moore encendió las velas y ella abrió la puerta.
La escalera que se veía en la entrada se hundía en el interior del edificio. Casi al pie, vieron unos artilugios que llamaron enormemente su atención.

Moore lo reconoció en el acto. Era una plataforma elevadora de cargas, accionada mecánicamente por una palanca, del mismo sistema que los gatos utilizados para cambiar la rueda de un automóvil, aunque mucho más potente. Pero aquel ascensor mecánico tenía un hermano al lado.

En el primero se veía una barra de metal, de forma cilindrica, a la cual había sido encadenada Kathy Spasser. La plataforma del otro aparecía despejada.
—Sí —murmuró él—, éste fue el truco y ello significa indudablemente que Ashakel necesitó un cómplice para embaucar a una docena de mujeres estupidizadas por una absurda palabrería.
—¿Quién es Ashakel? —preguntó Effie.
—Un salvaje asesino —contestó él.
En el mismo instante, se oyó un fuerte estruendo.
Moore y la joven volvieron la cabeza en el acto.
—¡La puerta! —gritó Effie.
Moore le entregó su palmatoria y corrió escaleras arriba. Intentó abrir, pero la puerta resistió sus esfuerzos.
—Esta madera no está podrida —gruñó.
Además, se abría hacia adentro. Tendría que buscar una palanqueta o algo parecido...
Súbitamente oyó un ruido que le puso los pelos de punta.
Era una explosión sorda, como si se hubiese inflamado el contenido de un recipiente lleno de gasolina. Segundos después, percibió el

inconfundible olor de algo que se quemaba.
Por debajo de la puerta se deslizó una delgada serpiente de líquido en llamas.
* ** *

Moore se sintió aterrado. El fuego, pensó rápidamente, podía consumir la puerta, lo que, evidentemente, les abriría paso, pero el vestíbulo estaría ardiendo en pompa, con lo que la escapatoria por aquella vía quedaba inmediatamente descartada.

El olor a quemado se acentuaba rápidamente. A Moore no le cabía ya la menor duda de que alguien les había seguido, prendiendo fuego a la casa para liberarse de dos molestos enemigos.
Descendió al fondo del sótano. Había ventanas a ras del suelo, pero eran poco más que ranuras, que no permitían el paso de un cuerpo humano.
—Effie, siento haberla traído aquí —dijo—.- Nos vamos a achicharrar vivos.
Estudió la estructura del sótano y meneó la cabeza.
—Quizá resista el fuego, pero cuando la casa se derrumbe, no sé si soportará el peso de los escombros...
—Hay una salida, señor —dijo Effie sorprendentemente.
Moore giró en redondo.
—¿Seguro?
La chica sonrió.
—Cuando era pequeña, venía aquí con algunos amiguitos y jugábamos al escondite. A veces, salíamos al salón principal y dábamos unos sustos terribles a mi tía...
—¿Cómo puede ser eso posible? —se asombró el joven.
—Venga aquí, señor.

Effie le condujo al extremo opuesto del sótano y le enseñó un hueco que se perdía en el techo.
—Durante el invierno, cerraban las ventanas del sótano, para que no entrasen alimañas, pero ese tubo permitía la ventilación sin peligro de intrusión de animales perjudiciales.

—Effie, usted ha tomado como hábito salvarme la vida —sonrió él—. Dígame, ¿cómo vamos a subir por ese tubo?
—Ahora lo sabrá, señor. ¿Quiere ayudarme a traer alguno de esos cajones vacíos?
—Con mucho gusto.

El incendio se propagaba con espantosa rapidez. El aumento de la temperatura del sótano era claramente perceptible.

Ayudada por el joven, Effie trepó al cajón de embalaje. Luego tomó impulso y saltó hacia arriba. Estupefacto, Moore la vio quedar colgada de un asidero invisible.

—Aquí está el primer peldaño de una escalera adosada a la pared del tubo —dijo la muchacha.

Effie se había puesto una falda muy ajustada y, dada su postura, se le había subido un poco. Moore, pese a sus aprensiones, no pudo por menos de reparar en la perfección de sus piernas, cubiertas por unas medias oscuras, sostenidas por el portaligas. Effie hizo una flexión de brazos y alcanzó el siguiente peldaño.
—Sígame, señor —dijo, ya en el interior del tubo.

Las casas viejas tenían características muy peculiares, pensó el joven, mientras se agarraba con ambas manos al primer peldaño de hierro. Pero en aquel caso, era preciso bendecir al arquitecto que había ideado el medio de ventilar el sótano por un procedimiento poco convencional.

La puerta del sótano cedió de pronto y un huracán de fuego penetró a través del hueco. Moore percibió la ardiente bofetada de aire que ascendía por el tubo y empezó a dudar de que pudieran salvarse.

Al fin, consiguió poner los pies en un peldaño y, a partir de aquel momento, el ascenso resultó mucho más fácil. De pronto, cuando menos lo esperaba, se encontró con el rostro de Effie casi pegado al suyo.
Ella estaba a gatas en el suelo, frente a él. Moore parpadeó.
—Una postura muy rara —comentó.
Effie se retiró un poco.
—Salga, pronto —le urgió.
Había un hueco cuadrado y Moore se arrastró por él, dándose cuenta de que atravesaba una decorativa chimenea. Cuando salió al otro lado, Effie le tendió una mano.
—¡Rápido, señor; las llamas se acercan!
Moore se puso en pie. Estaban en el salón indicado por la muchacha y el fuego invadía ya buena parte del mismo. Effie corrió hacia una de las ventanas, pero el pestillo no cedía y lanzó una exclamación de pánico.
—Apártese —dijo él.

En la estancia había un par de viejos sillones, muy pesados. Moore agarró uno y cargó con él contra la ventana, sin

soltarle hasta que oyó el tremendo estallido de vidrios y maderas rotos.

Instantáneamente se produjo una furiosa corriente de aire. Las llamas se alargaron ferozmente, como si quisieran atraparlos con sus dedos abrasadores. Moore agarró a la chica por la cintura y la elevó a peso.
El suelo del jardín estaba a dos metros. Instantes después, corrían desesperadamente para alejarse de la casa.

El edificio ardía em pompa, del tejado a los cimientos. Situados en lugar seguro, Moore y Effie contemplaron el irresistible avance de las llamas.

—Además de eliminarnos a nosotros, han destruido ciertas pruebas que podían comprometerles —dijo.
—¿Comprometer, a quién, señor?
—A Ashakel y sus cómplices, naturalmente.
—Pero nosotros estamos vivos, señor.
—Y trataremos de continuar estándolo, porque una cosa es segura, Effie: cuando se enteren de que nos hemos salvado, tratarán de quitarnos de en medio nuevamente. Perdón, intentarán matarme a mí sólo...
—También querían matarme a mí ahora —alegó ella.
—Porque me acompañaba en estos momentos.
—Sí, comprendo. Señor, vendrá gente... ¿Qué diremos como excusa, cuando nos pregunten lo que ha ocurrido?
—Diremos que vimos huir al incendiario, pero no pudimos detenerlo. Yo estaba interesado en comprar la casa, ¿comprende?

El edificio se hundió repentinamente, con un terrible estruendo. El suelo retembló, mientras en aquel lugar parecía surgir un volcán de indescriptible potencia. Las cuatro paredes habían quedado intactas y en su interior ardía un fenomenal brasero, que tardaría mucho tiempo en apagarse.

Moore se estremeció. ¿Qué habría pasado, de no haber ido allí acompañado por Effie, en lugar de ir solo, como había planeado en un principio?
Desconocedor de la casa, habría quedado encerrado en el sótano y...
«Mejor no pensar en ello», se dijo.
* * *

La mujer era alta, muy atractiva, y vestía con gusto exquisito. Cuando llegó a su coche, lanzó una exclamación de contrariedad al ver una de las ruedas completamente deshinchadas.

Norma Hill permaneció unos momentos irresoluta. Luego miró a derecha e izquierda, como si buscase ayuda en alguno de los atareados transeúntes que iban y venían apresuradamente por la acera.

A pocos pasos de distancia había un hombre joven que contemplaba la escena con la sonrisa en los labios. Norma le dirigió otra sonrisa, pero forzada. Entonces, Moore se acercó y se inclinó un poco para examinar la rueda.
—Ni siquiera aquí, en pleno centro de Londres, se está a salvo de clavos —dijo.
—Eso es lo que estoy viendo —contestó ella.
—Si tiene prisa, lo mejor será que tome un taxi y envíe luego a algún mecánico que le repare el pinchazo —sugirió Moore.
—No, prisa no tengo...; pero tampoco me gustaría dejar el coche aquí. No se sabe lo que puede pasar. En estos tiempos...
Moore soltó una risita.
—Sí, a poco que uno se descuida, le quitan hasta la respiración —contestó—. Bien, señora, siento tener que decírselo, pero yo puedo hacer el cambio de rueda por una libra.
Norma arqueó sus bien delineadas cejas.
—¿Ha dicho una libra? —preguntó, sorprendida.
—Lo siento mucho, señora; estoy parado y... Bien, necesito comer algo...
Norma examinó al joven que tenia frente a sí y que vestía pobremente, pero con ropas limpias. Era muy apuesto y tenía una sonrisa encantadora.
—Cambie la rueda, por favor —solicitó—. Le daré... no, dos libras.
—Es usted muy amable, señora.
Moore se aplicó al trabajo inmediatamente. Si supieras que he sido yo el autor del desperfecto, pensó.

Había estudiado durante un par de días las costumbres de Norma. No podía ir a su casa, llamar a la puerta y preguntarle directamente por Ashakel. Había otros medios, más lentos, pero, estimaba, mucho más seguros, y había empezado por dejarle la rueda sin aire.

Pocos minutos después, terminó la operación. Sacó un pañuelo y se limpió las manos.
—Ya está, señora —dijo.
Norma abrió el bolso y saco dos billetes.
—Tome, buen hombre...
—Moore, Albert Moore es mi nombre, señora.
Norma le estudió críticamente durante unos instantes.
Luego dijo:

—Está sin trabajo, creo recordar.
—En efecto, señora. En estos tiempos de crisis, es algo terrible...
—Me lo imagino, señor Moore. Oiga, ¿le gustaría un empleo?
—De barrendero, si hubiese plazas vacantes —rió el joven.
—No será un oficio tan bajo —contestó ella, a la vez que le entregaba una tarjeta—. Me llamo Norma Hill. Venga mañana a esta dirección y hablaremos sobre su empleo, señor Moore.
—Es usted muy bondadosa, señora. No sé cómo expresarle mi agradecimiento...
—Mañana hablaremos más extensamente. Buenas tardes, señor Moore.
—Buenas tardes, señora Hill.
Ella se metió en el coche. Al tiempo de arrancar, agitó una mano.
—A partir de las cuatro de la tarde —puntualizó.
Moore hizo una cortés reverencia. Treinta minutos más tarde, dijo:
—Mañana iré a casa de la señora Hill.
—¿Lo ha conseguido ya? —sonrió Effie.
—Ha costado un par de días, pero mereció la pena. Debo ganarme su confianza, para saber qué busca un desaprensivo con ciertas reuniones en las que quema a una persona, para escarmiento de las demás.
—Eso es un asesinato, señor —dijo ella.
—Lo sé, pero ¿cómo denunciarlo, si ni siquiera sabemos dónde está el cadáver? A propósito, ¿cómo dijo que se llama el abogado de tía Ingrid?
—Lyman Anthony, señor. ¿Es que piensa ir a verle?
—Será una entrevista muy interesante, espero —respondió Moore—. Por la mañana, claro; a la tarde tengo que ir a ver qué clase de empleo quiere ofrecerme la señora Hill.

CAPITULO VI

Lyman Anthony recibió al joven en su severo despacho, con paredes de madera oscura y muebles tapizados de cuero auténtico. El abogado era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, aunque no llegaba al metro ochenta, delgado y de rostro huesudo.

Sin embargo, al sonreír se mostraba simpático y cordial.
—No tengo el gusto de conocerle, señor Moore —dijo, tras las primeras frases de cortesía—. Pero, indudablemente, tiene algún problema y desea consultarme.
—En efecto. —Moore sacó un papel y dijo—:

Se trata de una propiedad situada a poca distancia de Eastcorb. He adquirido unos informes, pero son muy precarios, estimo, aunque sé que perteneció a la difunta Ingrid Micawber. Interesado en adquirir la finca, me gustaría conocer a los herederos, para tratar con ellos sobre la posible compra de la propiedad.
Anthony entornó los ojos un instante.
—¿Ha dicho Ingrid Micawber? Permítame un momento, por favor...
El abogado se levantó y fue hacia un archivador, del que sacó una carpeta a los pocos instantes. Hojeó su interior rápidamente y luego se volvió hacia el visitante.
—La casa, con las tierras que la rodean, es ahora propiedad de la Fundación para la Prospección Mental del Futuro —contestó.
—Una fundación científica, parece.
—Digamos más bien que trata de estudiar sucesos que aún no se han producido —sonrió el abogado—. Para mi, embaucadores, aunque inofensivos.
—Mientras no saquen dinero a la gente... De todos modos, la propiedad sigue interesándome. ¿Cómo podría ponerme en contacto con sus directivos?
—Le daré las señas del presidente, señor Moore.
—¡Cuánta amabilidad! —exclamó el joven.
Anthony dejó la carpeta y volvió a la mesa. Escribió unas líneas en una cuartilla y se la pasó a Moore.
—Aquí tiene —dijo.
—Muchísimas gracias. Ahora, por favor, indíqueme sus honorarios...
—¡Por Dios, señor Moore, no merece la pena! Lo he hecho con muchísimo placer, créame.
—Bien, en tal caso, muchas gracias.
Moore dobló la cuartilla, se la echó al bolsillo y se dispuso a salir. Antes de abrir la puerta, se volvió hacia el abogado.

—Señor Anthony, permítame una observación, aunque la califique de impertinente. La señora Micawber dejó su propiedad a esa Fundación, pero ¿es que no tenía familiares que pudieran considerarse como sus herederos?
—Oh, sí, desde luego, su hermano Walter Donegal. Ella se llamaba Micawber por matrimonio, claro. El hermano pleiteó, pero todo fue inútil. Los términos del testamento eran inatacables.
—Gracias por su amabilidad, señor Anthony —se despidió el joven.

Al salir, estudió las indicaciones de la cuartilla. El presidente de la fundación atendía por el nombre más bien estrambótico de Quintus Buthsley y residía en las afueras de Londres. Moore pensaba ir a verle, pero dudaba mucho de estar de vuelta para la hora de entrevistarse con Nora y prefirió aplazar el viaje para otro momento con menos prisas.
* * *
Había salido a comprar algunas cosas y al regresar, metió la llave en la cerradura. Inmediatamente, se dio cuenta de que había alguien dentro del apartamento.
Effie estaba completamente segura de que lo había dejado cerrado con doble vuelta de llave. Pegó el oído a la puerta y creyó oir unos ruidos extraños.

Inmediatamente, retiró la llave y retrocedió hasta el próximo ángulo del corredor. Con los nervios en tensión, aguardó un buen rato hasta que, al fin, vio salir a un hombre, que miró a derecha e izquierda, para cerciorarse de que nadie le veía.

Effie le dejó ir al ascensor. Al cabo de unos momentos, corrió al apartamento.
Una expresión de ira y pesar al mismo tiempo apareció en su rostro.
—Salvaje... —murmuró.
El teléfono sonó en aquel momento. Effie corrió hacia el aparato.
—Casa del señor Moore —dijo.
—Effie, yo soy el señor Moore —sonó la voz del joven—. No puedo ir a casa, así que no me espere para almorzar...
—Señor, un desconocido ha entrado en el apartamento y lo ha revuelto todo. Parece que hayamos sufrido los efectos de un tornado, aunque así, a primera vista, no creo que falte nada...
Moore se sorprendió al oír la noticia. Luego dijo:
—Effie, ya me imagino lo que buscaba ese sujeto.
-¿Sí?
—La noche en que murió la señora Spasser, yo me apoderé de veinticuatro mil libras. Una bonita suma, ¿verdad?
—Y que lo diga, señor.

—Bien, ese dinero está apropiadamente guardado donde no lo puedan encontrar. Por supuesto, un día lo devolveré a sus propietarias... Ahora, Effie, no se preocupe de más y trate de arreglar los desperfectos lo mejor que le sea posible.
—Sí, señor.

—Ah, y otra cosa. Ya sé quién es y donde vive el presidente de la Fundación.
—¡Magnífico! —exclamó la muchacha.
—A la noche hablaremos...
—Señor —dijo ella de pronto.
—¿Qué pasa, Effie?
—El bruto que destrozó el apartamento se dejó un grifo abierto. Voy a cerrarlo y luego saldré en busca de elementos para una buena limpieza.
—Haga lo que le parezca más apropiado. Hasta luego, Effie.
La chica colgó el teléfono y corrió hacia el baño. La bañera se desbordaba ya y cerró los grifos, mientras, interiormente, apostrofaba al desconocido con epítetos que no tenían nada de amables. Al terminar, recogió el agua lo mejor que pudo y luego salió a comprar los útiles de limpieza que necesitaba.
* * *
Moore vestía la misma indumentaria que la víspera, aunque se había cambiado de camisa. Norma abrió la puerta en' persona y le dirigió una cálida sonrisa.

—Cuánto celebro que haya venido, señor Moore —dijo, a la vez que le tendía una mano—. Pase, por favor...

Norma vestía una especie de túnica, muy ajustada desde el cuello a las caderas, abierta por los lados hasta la cintura. Debajo, apreció Moore, debía de llevar muy poca ropa más. «Si es que lleva algo», pensó.
—Tengo dispuesta el agua para el té —dijo ella—. Pero quizá prefiera algo más... sabroso.
—Lo dejo en sus manos, señora.
—Coñac, creo que será lo más apropiado.
Norma trajo una botella y se inclinó mucho, pero casi dando la espalda a su visitante, que ya estaba sentado en un enorme diván. Moore contuvo con dificultad los deseos que sentía de dar una fuerte palmada en aquella zona tan opulenta, de contornos casi esféricos.
Luego bebió un poco de coñac y sonrió.
—Muy bueno —dijo.
—Lo celebro. —Norma se sentó a su lado, aunque no demasiado cerca, y volvió el torso hacia él—. De modo que no tiene trabajo.

—No, señora.
—¿Qué sabe usted hacer? Si no es indiscreción, claro.
—Soy experto en contabilidad, aunque también entiendo algo de mecánica. Llevaba los libros de un gran taller de reparaciones y, en ocasiones, ayudaba a los operarios.
—En cuanto a mis asuntos, yo tengo mi abogado, pero... a veces, necesito un chófer...
—Ah, es usted la que va a ofrecerme el empleo.
—Depende, señor Moore.
—¿Alguna objeción? Quiero decir, si desea probarme primero, señora Hill.
—¿Es usted soltero?
Moore asintió en silencio. Te calé, guapa, pensó.
Norma era una mujer libre, soltera, hermosa, ardiente y con mucho dinero. Además, era lo suficientemente lista para buscarse un amante pífore, al que poder dominar con su dinero. A pesar de que era muy guapa, podía apreciar en su expresión cierto aire dominante, que no se ocultaba del todo bajo su incitante sonrisa.
Y, sin embargo, en otros aspectos, debía de ser espantosamente ingenua. Porque se necesitaba ser ingenua para aceptar las tonterías de Ashakel.

—Y no tiene compromisos con otra persona —dijo ella.

—No, señora.

—O sea, está libre.

—Por completo, señora.
Ella sonrió, mientras bajaba la cremallera de su túnica. La prenda se abrió y Moore pudo ver la carne blanca y satinada que había debajo.

—Yo también estoy libre y no tengo compromisos de ninguna clase, Albert —dijo.
* *
Tendido de costado en el enorme lecho, Moore paseó el índice por la suave piel de Norma.
—Tienes un cutis maravilloso —dijo.
—¿Te gusta, Bertie?
—Nunca he visto una piel tan fina... Por cierto, aún no te he preguntado qué tal la prueba.
—Enteramente satisfactoria. Creo que voy a contratarte, Bertie.
—¿Como chófer?
—Algunos hombres, contratan a una mujer joven y guapa como criada para todo. También sucede lo contrario.

—Una mujer joven y hermosa contrata a un hombre como sirviente para todo, ¿verdad?
—¿Te disgustaría?
—Tendría que pensármelo, Norma.
—Buen sueldo, alojamiento en la casa... y estar dispuesto siempre a atender mis órdenes. Esas serían las condiciones, Bertie.
«Si no es una ninfómana, le falta poco», se dijo el joven.

Después de algún tiempo, se le pasaría el furor y lo despediría. Pero, claro, él no pensaba quedarse definitivamente en la casa.
—¿Me das veinticuatro horas para meditarlo? —rogó.
—¿Necesitas tanto tiempo para pensar una oferta que no encontrarías entre un millón? —preguntó ella, un tanto despechada.
—Perdona, pero también tengo mi orgullo y... la verdad, no me satisface demasiado vivir a tu costa... Claro que, en ocasiones, es preciso tirar el orgullo a la basura, porque no es cierto eso que se dice «comerse el orgullo». Lo que se come son los huevos con tocino, las chuletas con patatas y cosas así; y sin trabajo...

—Entiendo, Bertie —sonrió ella—. De todos modos, creo que acabarás por aceptar mi proposición. —Dame veinticuatro horas, te lo ruego. —Conforme, pero te aseguro una cosa; mañana, a la misma hora, estarás aquí de nuevo.

Moore se inclino y acarició la piel de la mujer. —¡Qué maravilla! —exclamó—. Pero si pareces una chica de dieciocho años...
—Tengo algunos más —rió ella, halagada—.

Pero uso ciertas sustancias que me conservan mucho más joven de lo que soy.
—¿No sirve eso para los hombres?
—Tú no lo necesitas —dijo ella, a la vez que le abrazaba apasionadamente y tiraba de él hacia sí.

Más tarde, Moore fue al baño, una estancia que rebosaba lujo por todas partes. Encontró un armario con artículos de tocador y los revisó cuidadosamente. Había un frasco cuentagotas, otro algo mayor, con un líquido de color ambarino, y dos potes de cerámica, que podían contener casi un kilo de crema. Los frascos y los potes estaban numerados sucesivamente del uno al cuatro y supuso que era el orden en que se debían utilizar las sustancias contenidas en los mismos.

Las etiquetas, extrañamente, no procedían de alguna imprenta especializada. Más bien parecían fotocopias de un original hecho sin

demasiada pulcritud. Pero se podía leer un nombre: Dr. B. Keats, y su dirección. Moore tomó nota mental del dato, para investigar en aquella dirección en el momentó apropiado.

Era ya bien entrada la noche cuando se despidió de Nora, tras una tórrida sesión de besos y abrazos, que la dejaron poco menos que exhausta.

—Vuelve —pidió ella—. Cien libras semanales y... y yo, Bertie.
Moore salió echando humo de la casa.

—Una semana más con esta tía y no quedarían de mí más que los huesos —gruñó.

CAPITULO VII

Entró en casa sin hacer ruido, dado lo avanzado de la hora, pero antes de llegar al dormitorio, vio aparecer a Effie envuelta en una bata.

—Hola. Effie —sonrió—. No quería despertarla...
—No me había dormido aún, señor. Estaba aguardándole —dijo la chica.
—Ah, sí, lo había olvidado... El tipo que asaltó el apartamento. Si venía a buscar el dinero, perdió el tiempo.
—Lo celebro, señor, pero tengo algo más que decirle.
-¿Sí, Effie?
—Fue una casualidad.. Tuve que salir a comprar elementos de limpieza.
—Lo recuerdo perfectamente. ¿Y bien?
—Me pareció más conveniente ir al supermercado que hay a media milla, donde pensaba encontrar más variedad de artículos. Entonces pasé por una factoría donde se construyen plataformas como las que vimos en casa de tía Ingrid.
—Interesante —dijo él.
—Se me ocurrió entrar a preguntar y conseguí, creo, una buena pista.
—Por una sola plataforma, no creo...
—Eran dos y no se suelen comprar por parejas, a menos que se trate de una empresa de grandes proporciones. Nosotros, en nuestro taller, teníamos una sola, aunque era de otra marca.
—Comprendo. Siga, Effie, por favor.

—Me dieron el nombre del comprador. Podríamos intentar verle, ¿no le parece, señor?
—Effie, observo que ha hablado en plural —dijo él, sonriendo.
—Es que la persona a la que iríamos a visitar es un hombre y no una mujer. Buenas noches, señor.

Moore comprendió en el acto el sentido de aquella respuesta.
—¡Effie! —llamó enérgicamente.
La joven se volvió.
—¿Señor?
—He estado con una dama, pero no le permitiré comentarios ni siquera mentales.

Esto, en primer lugar. En segundo, he obtenido una excelente información. Y, en tercero, dígame una cosa. Concretamente, ¿por qué la despidió la señora Grooth?

—Creyó que estaba escuchando detrás de la puerta y no es cierto,

señor. Aunque bien es verdad que no pude evitar oir algunas de las frases que pronunciaba por teléfono y que se referían a un tal doctor Keats.
—¡Keats! —exclamó él.
—¿Lo conoce usted?
—Es otra de las personas que están en la lista de nuestras visitas —sonrió Moore—.

Buenas noches, Effie.

Ella aspiró el aire varias veces. Luego arrugó la nariz, con un inequívoco gesto de desagrado.
—No le gusta el perfume, ¿eh?
—Puede que sea caro, pero es poco distinguido. Buenas noches, señor.

Moore se quedó solo, rascándose la cabeza con aire de perplejidad.
—Sólo faltaría ahora que esa chica empezase a sentirse celosa —masculló disgustadamente.

Pero ello no le impidió dormir como un tronco. Por la mañana, se levantó, fresco y descansado.

—Effie, tengo un hambre de lobo —anunció—.

Voy a darme una buena ducha y luego me comeré todo lo que me ponga usted en el plato. Ah, arréglese también; iremos a ver
a ese tal Alvin Castle, el comprador de las plataformas. Si le parece bien...

Effie dulcificó su gesto.
—Creo que anoche no me porté bien, señor. Estaba un poco nerviosa y... Le ruego me disculpe.
—No se disculpe, muchacha. Ande, vaya preparándome el desayuno.

—Sí, señor.
Silbando alegremente, Moore fue al cuarto de baño y se quitó la bata. Luego abrió el grifo de la ducha y sacudió los pies para quitarse las zapatillas. Acto seguido, empezó a quitarse el pijama.

La chaqueta cayó a un lado. En el mismo momento, se oyó un horrible rugido.
Moore volvió la cabeza. Una larga lanza de fuego brotaba de la regadera de la ducha y llegaba hasta el fondo de la bañera. Dada la posición de la regadera, el chorro ígneo brotaba primero oblicuamente

y luego describía una suave parábola antes de terminar su abrasador recorrido.

El calor se hizo insoportable dentro del cuarto de baño. Aterrado, Moore salió a escape y se tropezó violentámente con la muchacha.

Cayeron al suelo. Ella gritó.
Moore se puso en pie. Effie se sentó en el suelo y vio el chorro de llamas que brotaban de la ducha.

El fuego, sin embargo, se apagó a los pocos momentos. Pero Moore sabía que estaba vivo por menos de un minuto.
Se pasó una mano por la cara llena de sudor.
—He salvado la vida por milagro —dijo.
Effie seguía aún aentada en el suelo.
—¿Qué ha pasado, señor? —preguntó.
—El desorden que usted encontró sirvió para ocultar los verdaderos motivos de la presencia de aquel individuo en este apartamento.
Moore tendió una mano y la muchacha se levantó, alisándose la falda maquinalmente.
—¿Cómo no le ha alcanzado a usted el fuego? —preguntó.
—El sujeto que entró ayer debiera conocer mejor mis costumbres. Mientras me desvisto, dejo abierto el chorro de la ducha, a fin de obtener una mezcla adecuada de agua fría y caliente. Otros se meten ya desnudos bajo el grifo y... ¿Lo entiende ahora?

—Desde luego, señor. —Effie contempló con ojos lastimeros el chamuscado interior del cuarto de baño—. No sé si se podrá limpiar...
—Ahora no debe preocuparse —dijo él—. En lo sucesivo, Effie, abriremos los grifos con mucho cuidado.
—Lo tendré en cuenta, por supuesto. Pero ¿como lo hizo ese tipo?
—Supongo que introdujo algún depósito, semejante a un pequeño extintor de incendios, y provisto de una válvula de encendido automático, conectada al grifo... Ya lo sabremos mejor, cuando me dé el ataque de fontanería.
—¿Es una nueva enfermedad? —sonrió Effie.
—Quiero decir cuando tenga humor para hacer de fontanero, con las herramientas adecuadas, naturalmente. Bueno, voy a ver si puedo lavarme la cara, por lo menos...
—Tenga cuidado, señor —recomendó la chica.
—No se preocupe, Effie.
No había más trampas en los otros grifos y Moore pudo asearse sin peligro. Mientras desayunaba, Effie fue a cambiarse de ropa.
Moore la contempló estupefacto cuando regresó.
—Parece usted otra —dijo.

—Gracias, señor —sonrió la chica—. Pero este vestido no tiene nada de particular...
—Tiene... lo que tiene dentro y la gracia de la que lo lleva puesto — contesto el galantemente.
—Es usted muy amable. ¿Cuándo vamos a ver a Castle?

Moore se puso en pie.
—Ahora mismo, Effie.

El ascensor les llevó hasta el parking subterráneo. Recordando lo ocurrido, examinaron el automóvil a fondo, esta vez sin encontrar nada sospechoso.

Inmediatamente, partieron en busca de Alvin Castle.

El sujeto vivía en un barrio relativamente tranquilo, constituido por viviendas individuales, casi todas de dos plantas y
con un pequeño jardín en la parte delantera. Moore y la chica atravesaron el jardín y llamaron a la puerta sin más dilación.

A los pocos momentos, se hizo visible un hombre de unos cuarenta años, con barba de un par de días y expresión poco amistosa.
—¿Señor Castle? —dijo el joven.
El sujeto les miró recelosamente.
—Sí, yo mismo —contestó—. ¿Qué es lo que quieren?
—Hace algún tiempo, usted compró dos plataformas elevadoras —dijo Moore—.

Simplemente deseamos conocer el nombre de la persona por cuya cuenta efectuó usted dicha compra.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Castle dijo:
—Aguarden un instante, por favor.
Castle se metió en la casa. Moore cambió una mirada con la muchacha. Ella hizo un gesto de asentimiento.

El sujeto volvió a salir muy pronto. Inesperadamente, disparó su puño derecho.
Moore, sorprendido, no pudo esquivar el golpe y cayó de espaldas. Effie empezó a gritar, pero Castle, cargando con el hombro izquierdo, la derribó sobre un macizo de flores.
Moore, aunque aturdido, conservaba el conocimiento y se volvió, tratando de incorporarse. Castle había salido ya del jardín y se esforzaba en abrir el coche estacionado junto a la acera. Moore comprendió que la petición de áspera no había sido más que un

pretexto para coger las llaves y escapar. «No tiene la conciencia tranquila», pensó.

Castle hizo girar la llave de contacto. Una enorme llamarada brotó inmediatamente bajo el motor y dirigió sus largas lenguas abrasadoras hacia el interior del vehículo.

El sujeto se convirtió instantáneamente en una antorcha viviente. Effie intentaba levantarse, pero el joven se precipitó sobre ella y la obligó a tenderse nuevamente en el suelo.

No había ya fuerza humana capaz de detener el incendio del coche. Se oían gritos por todas partes y algunos espectadores, más decididos, trataban de socorrer a aquel infeliz que se abrasaba vivo.

El fuego se propagó al tanque de la gasolina y ya todo intento de salvación resultó inútil.
* * *
Effie rechazó la taza de café con un cortés ademán.
—No, gracias, no tengo ganas —dijo.
Sentados a ambos lados de una mesa, en una cafetería no lejana al lugar del suceso, procuraban rehacerse de la terrible impresión sufrida.
—Effie, tiene que sobreponerse —dijo Moore—

Por Castle ya no se puede hacer nada y debemos pensar en nosotros.
—Pensar en nosotros —repitió ella—. ¿Y no sería mejor dejar de lado este asunto?
—¿Es ésa su opinión?
—Hasta cierto punto, señor. Estar r riesgos y me pregunto si ello puede resultar alguna utilidad para nosotros.
—Effie, bien mirado no obtendremos ningún provecho personal. Aunque en su caso quizá no sea correcta mi respuesta.
—¿Por qué lo dice?
—Su padre debía haber heredado la casa de Eastcorbe.

—En teoría, así debería haber sucedido. La casa y las tierras que, según le oí en cierta ocasión, tenían un valor no inferior a las doscientas mil libras esterlinas.
—Eso no es un grano de anís, precisamente, Effie.
—Desde luego. Pero el testamento está bien claro... Usted mismo me lo dijo, después de haber hablado con Lyman Anthony.
Moore se rascó la mejilla con el pulgar derecho.
—También los abogados se equivocan —contestó—. Y, la verdad, a mí no se me ocurrió pedirle que me enseñara la copia del testamento

que debe de guardar sin duda.
—Si está bien redactado...
—Pero puede contener alguna cláusula exigente del cumplimiento de alguna condición indispensable para el disfrute de los bienes legados por el testador.
—En tal caso, ¿cuál podría ser esa cláusula?
—Lo ignoro, pero una cosa es segura: la Fundación no se instituyó para reuniones con mujeres con tanta falta de seso, como sobradas de dinero. Y, menos todavía, para matar a una mujer, acusándola de una traición absurda.
—No hay testigos, señor.
—Fueron doce las mujeres que presenciaron la muerte de Kathy Spasser. Sus restos, aunque carbonizados, deben de estar en alguna parte...
—Es posible que tenga razón —convino Effie—

Pero, en todo caso, ¿qué pretexto podría dar usted para que le permitiesen examinar el testamento de tía Ingrid?
—Yo, no, Effie. Usted.
—¿Yo? —se sorprendió la muchacha.
—Usted es la única pariente que queda viva de los Donegal, ¿verdad?
—Sí es cierto.
—El testamento original tuvo que ser depositado en algún registro o, por lo menos, una copia legalizada. Usted puede anunciar sus propósitos de intentar la revocación de ese testamento y no tendrán más remedio que permitirle que lo examinen los expertos que usted designe.
—Un abogado, por ejemplo.
—Justamente, Effie.
—Pero yo no conozco... Además, eso cuesta dinero.
—Por el dinero, no se preocupe; yo tengo todavía ciertas reservas, que me permitirán aguantar todavía una larga temporada. Y en cuanto al abogado, conozco a uno muy bueno, que se sentiría encantado de tomar el caso a su cargo.
—Tiene veinticuatro mil libras —recordó Effie, sonriendo.
—En caso necesario, echaríamos mano de ese dinero. Sus propietarias lo dan ya como perdido... Aparte, tengo cuatro mil más, las que gané en una disparatada apuesta a un penco reumático, que sacó dos cuerpos de ventaja a sus rivales, gracias a lo cual, agarré yo una borrachera fenomenal, que me llevó a la casa de tía Ingrid.

Effie le miró con simpatía.
—Debió de ser una borrachera épica —dijo.
—Además, me pusieron una droga... Pero eso ya lo sabe usted de

sobras. Bien, ¿qué le parece la idea de intentar la revocación del testamento?
—Señor, antes quisiera hacerle una pregunta, si me disculpa la impertinencia —dijo Effie.
—Adelante, encantado.
—Le he oído hablar a usted y se expresa, en ocasiones, como un abogado. Pero no lo es, que yo sepa.
—No, no lo soy —contestó él—. Era jefe de contabilidad de una importante empresa y en ese puesto se aprenden muchas cosas sobre leyes. Los números, para mucha gente, son algo horrible, árido, sin el menor atractivo... pero a mí me gustan.
—De gustibus non est disputandibus —recitó Effie.
—¡Atiza, sabe latín y todo! —se asombró él.
—Lo leí una vez en un calendario —rió la muchacha—. No hay nada escrito sobre gustos, más o menos, aunque ya me imagino que conoce la traducción. Y, siguiendo con mis impertinencias, ¿por qué lo despidieron? í —Me marché, que no es lo mismo. Modestia aparte, soy 1 capaz de dirigir la contabilidad de la empresa más complicada, pero lo que no me gusta es amañar los libros.
—Entiendo. Querían que hiciese trampas...
—Sí. Pero me negué. Primero, porque soy honesto. Y segundo, porque tengo experiencia de otros casos. A ultima hora, el que la paga siempre es el contable, mientras que los directivos se lavan las manos.
—Después de habérselas llenado con el dinero que el otro infeliz les ha procurado.
—Justamente. Bien, Effie, ¿qué me dice usted de la consulta al abogado?

La muchacha se puso en píe.
—Estoy completamente de acuerdo —respondió.

Cuando salían a la calle, Effie le hizo una pregunta:
—Señor, ¿por qué tuvieron que asesinar a Castle?
—Era el que compró las plataformas, por encargo de alguien que quiere mantener oculta su identidad —dijo Moore.
—Y cuando no está seguro de alguien, lo elimina.
—Exactamente, así es.

CAPITULO VIII

En la puerta de la valla que rodeaba el jardín había un rótulo, con el nombre del dueño de la casa, Basil Keats, pero sin la menor indicación de su título profesional. Moore había ido solo y estudió el panorama durante unos momentos.

La casa era algo anticuada, de dos plantas, y en aquellos momentos estaba deshabitada.

Al otro lado, Moore creyó ver la estructura que un cobertizo, que no formaba parte del edificio. Se preguntó si sería el laboratorio del misterioso doctor Keats.

Al cabo de unos momentos, se decidió a entrar. Levantó la aldabilla de la puerta y pasó al otro lado. Avanzó con paso normal por el jardín, pero, en lugar de dirigirse a la entrada principal, dio la vuelta ai edificio.

Había, en efecto, un cobertizo, hecho de elementos prefabricados, pero con los paneles absolutamente lisos. No había una sola ventana, lo cual le hizo saber que los trabajos de Keats, fueran los que fueran, se realizaban siempre con luz artificial.

El cobertizo medía casi quince metros de largo, por cinco de ancho y la altura era suficiente para moverse en su interior sin agobios. Al fondo, sin embargo, divisó el cañón de una chimenea que atravesaba el tejado a dos aguas.
La chimenea, si lo era, porque pensó en algún crisol o tal vez un pequeño horno de fundición, estaba apagada, ya que no se veía humo en absoluto.

La puerta, apreció desde la esquina, tenía dos cerraduras y daba la sensación de tener una estructura más robusta que los paneles contiguos. Moore se preguntó cómo se las arreglaría para entrar en aquel cobertizo.
De repente, oyó el ruido de una puerta que se abría. Instantáneamente, se puso a cuatro patas.
—Gatito, gatito... Bssss... bssss... ¿Dójide estás, gatito? —habló con voz ligeramente aflautada.
—¡Oiga! —gritó alguien—. ¿Qué demonios está haciendo en mi casa?
—Gatito, gatito... —repitió el joven. Luego, sin abandonar la postura, se volvió hacia el sujeto que había aparecido en la puerta trasera de la casa—. Dispense, amigo; llevaba un gatito para mi novia y se me ha escapado. Entró en su jardín y me permití seguirlo..., aunque mucho

me temo que haya escapado definitivamente.
—¡Salga de mi casa! —bramó el individuo. —

Perdone, pero no quería hacerle daño alguno —contestó Moore—, Tampoco soy un ladrón...

Se puso en pie, limpiándose maquinalmente las rodilleras de los pantalones. Tras la sonrisa que lucía en su cara, ocultó una decepción. No, no era Ashake!.

El hombre que tenía frente a sí era más bien bajo, achaparrada y con un vientre semiesférico, que habría dado envidia al propio Nero Wolfe. El rostro de aquel sujeto, sin embargo, era absolutamente liso, como su cráneo, afeitado por completo.
—Perdone —repitió—. Usted es el ayudante del doctor Keats, sin duda.
—Yo soy el doctor Keats —tronó el hombre—. Y como no se marche ahora mismo de mi casa...

—Bien, si encuentra al gatito, déle de comer, se lo ruego. Moore se marchó. Subió al coche y tuvo que detenerse un rato, porque aquel sector de la carretera estaba de obras. Había un puente en las inmediaciones, por el que pasaba otra carretera, pero no le convenía esta ruta, porque le hacía dar un rodeo demasiado largo y aunque se retrasara por culpa de las obras, aún ganaba más tiempo siguiendo el trayecto primitivo.

Cuando el paso estuvo libre, arrancó lentamente. A su izquierda divisó un enorme caldero lleno de asfalto hirviente. Estaba situado sobre un camión de enormes dimensiones y la masa negra se derramaba lentamente sobre el lugar con desperfectos.

Una hora más tarde, dijo:
—El doctor Keats tiene un genio infernal.
—¿Cómo lo sabe? —preguntó Effie.
Moore le contó su aventura en la casa del doctor, Effie se echó a reir.
—Me hubiera gustado verle buscando a un gatito que no existía más que en su imaginación, aunque supongo que el doctor Keats se habrá tragado la pildora.
—No sé —contestó él—. Me pareció demasiado receloso... En fin, sé dónde tiene su laboratorio, pero no tengo la menor idea Ue cómo entrar allí sin las llaves.
—No sabe hacerlo, ¿eh?
—Desconozco la técnica de los ladrones, Effie.
—Entonces, ¿por qué no se las quita a él mismo?

—¿Eh? ¿Qué está diciendo?
—Vaya a su casa por la noche y aproveche cuando esté dormido.
Moore estudió la proposición.
—Ya veré —dijo al cabo.
El teléfono sonó en aquel momento. Effie lo levantó, escuchó unos instantes y luego se lo pasó al joven.
—¿Quién es? —preguntó él a media voz.
—Norma Hill, señor —contestó ella en el mismo tono.
Moore respingó. Luego agarró el teléfono y dijo:
—¿Norma?
—Hola, Bertie —dijo la mujer—. Parece que tardas demasiado en pensarte mi propuesta.
—Siento mucho darte un disgusto, pero no me interesa. De todos modos muchas gracias.
—Bertie, a pesar de todo me gustaría hablar contigo, aunque sólo sea un minuto. Ven mañana por la tarde. Es posible que hayas encontrado otro empleo, pero, sin embargo, creo que te conviene escucharme.

Moore torció el gesto.
—De acuerdo, iré —contestó.
Dejó el teléfono y miró a la muchacha.
—¿Piensa ir, señor? —preguntó Effie.
—Sí. Debo ir. Aunque sé que es una trampa.
Effie se sobresaltó.
—¿Cómo lo ha adivinado?
Moore señaló el teléfono.
—Yo no le di el número —contestó.
—Ha podido buscarlo en la guía —alegó ella.
—Effie, un parado que no tiene siquiera para cenar a la noche, ¿es lógico que viva en una casa de apartamentos como ésta y, además, tenga teléfono?
—Eso significa que alguien se lo ha indicado, señor.
—Sí, el mismo que colocó el lanzallamas en la ducha.

Effie dio un paso hacia adelante.
—Tenga mucho cuidado, señor —rogó.
Moore hizo un gesto de asentimiento.
—Gracias por el consejo, aunque pienso hacer antes otra visita. Después, Haremos una incursión nocturna en la casa del doctor Keats.
—¿A quién piensa visitar?
—A Shera Grooth...

De pronto, Effie se dio una palmada en la frente.
—¡Qué tonta soy! Pues no lo había olvidado... —exclamó.

—¿Es algo importante? —preguntó Moore, sorprendido.
—Según se mire. Lyman Anthony ha llamado, rogándome que vaya pasado mañana a su despacho, para hablar del testamento de tía Ingrid.
—Muy interesante, pero habrá de permitirme que le dé un consejo.
—Sí, señor.
—Limítese a escuchar. No firme nada, no acepte ni un penique. No sé lo que le va a decir o proponer, pero, en cualquier caso, diga que va a consultar con un abogado... sin decir siquiera que ya ha puesto el asunto en manos de mi amigo.
—Está bien. ¿Acaso sospecha del señor Anthony?
—No, pero, ¿por qué tiene que llamarla, después de haber dicho que el testamento es absolutamente irrevocable? Acaso no lo sea y trata de establecer un arreglo que evite un pleito, siempre costoso.
—Es posible que tenga razón, señor. ¿Cuándo piensa visitar a la señora Grooth?
Moore consultó la hora de su reloj de pulsera.
—Ahora mismo —respondió.
—Tendré la cena preparada para su regreso, señor —anunció Effie.
* * *
La mujer que recibió a Moore era diametralmente opuesta a Effie: gruesa, con pelos como cerdas y rastros de bigote en el labio superior, aparte de que debía de pesar más de ochenta kilos. Después de que el joven hubo expresado sus propósitos, dijo que iba a anunciarle a la señora Grooth y se marchó.
La nueva sirvienta volvió a los pocos instantes.
—La señora Grooth le recibirá, a condición de que sea muy breve. Tiene un compromiso y ha de salir en seguida.
—Gracias.

Moore fue al salón, donde la dueña de la casa le aguardaba vestida con una bata y el pelo en desorden. Aquel desarreglo le extrañó muchísimo, ya que Shera era mujer que nunca aparecía con un aspecto tan descuidado.
—Iba a bañarme —dijo ella—. Tengo que salir, así que despacha rápidamente.
—Muy bien, a tu gusto.
Moore sacó un sobre y lo puso encima de una mesita.

—Dos mil libras. Y no me niegues que son tuyas, porque te vi dejarlas en la casa que hay cerca de Eastcorb.

Shera apretó los labios.
—Muy bien, admitámoslo, pero no pienso decirte una sola palabra más.

—¿Por qué, Shera?
—Eso no te importa en absoluto. Gracias por devolverme el dinero, simplemente.
El joven dudó un momento.
—Tienes una nueva criada —dijo.
—Me vi obligada a despedir a la otra. Escuchaba detrás de las puertas.
—No es verdad, y tú lo sabes muy bien. ¿Quién te obligó a despedirla? ¿Acaso el doctor Keats?

Shera apretó los labios.
—Bertie, es inútil. No diré una sola palabra más...

Moore apreció una enorme tensión en el rostro de Shera. «¿Tenía miedo?», se preguntó.

Por otra parte, había admitido ser suyo el dinero entregado aquella noche. Ahora se la veía claramente a la defensiva, porque estaba advertida. Debía interrogarla en otra ocasión más apropiada, procurando encontrarla desprevenida.

De pronto se le ocurrió una idea.
—¿Acaso te dijo alguien que despidieras a Effie, porque podía resultar ser la propietaria de la casa de Eastcorb?

El rostro de Shera se puso gris instantáneamente. Moore supo así que su pregunta había dado en el blanco.
—Otro día me darás la respuesta —se despidió.
Shera se marchó, taconeando vivamente. Moore vio un frasco y decidió tomarse una copa, aun en ausencia de la dueña, para celebrar aquel pequeño triunfo.
Chasqueó la lengua después de beber.

Encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la salida.
De repente, se oyó un horripilante alarido que provenía del piso superior.

Moore, ya con la mano en el picaporte, se volvió. Aquel grito de mujer encerraba un sufrimiento indescriptible, un dolor que estaba más allá de todo lo imaginable. De pronto, se transformó en un horrible gorgoteo que ya apenas si se
escuchaba.

El joven se lanzó escaleras arriba. Vagamente se dio cuenta de que la nueva criada no aparecía al oír los gritos déla dueña de la casa, pero

ello no detuvo su frenética ascensión Cuando llegó al cuarto de baño, vio a Shera caída en el fondo de la bañera y todavía bajo el chorro de fuego que brotaba de la ducha.

La mujer presentaba un aspecto horripilante y ya no se movía Sin duda, había perdido el conocimiento, pero resultaba patente que ya no se podía hacer nada para salvarle la vida.

CAPITULO IX

Effie escuchó estremecida el relato que Moore le hizo de lo sucedido en casa de Shera. El joven había regresado algo más tarde de lo acordado, debido a que había tenido que prestar declaración ante la policía.
—Pero esta vez no había desorden en casa de la señora Grooth —alegó Effie—. Había una doncella para evitarlo...
—La doncella desapareció, apenas estuve en presencia de Shera —contestó Moore.
—¿Quiere decir que fue ella? —se asombró la muchacha.
Moore cerró los ojos, procurando evocar la figura de la sirvienta. De súbito se le ocurrió una idea.
—Quizá no era una mujer, sino un hombre disfrazado —opinó.
—¿Cómo? —se sobresaltó Effie.
—Aquí vino un intruso que registró la casa en busca del dinero y, además, preparó la trampa. En casa de Shera no podía hacerlo. Ella la había despedido a usted y necesitaba otra sirvienta.
—Sí, es verdad.
—Entonces, alguien, disfrazado de mujer, y de apariencia nada agradable, por cierto, ocupó el puesto que usted dejó vacante y preparó la trampa abrasadora. Por cierto, Effie, ¿qué aspecto tenía el sujeto al que usted vio después de prepararme la trampa en el baño?
—No me fijé mucho, pero me pareció más bien bajo, rechoncho...
—La sirvienta que me recibió era también baja y rechoncha. Incluso me pareció que padecía hirsutismo. —Exceso de vello —dijo Effie.
-Casi tenía bigote -sonrió Moore-. Su pelo parecía el de una rata... Podría ser el doctor Keats disfrazado —murmuró con aire pensativo.
—Keats —repitió la chica—. Pero su aspecto no concuerda en absoluto con el de Ashakel.
—No, claro que no. Sin embargo, Ashakel, para sus trapacerías, necesita un cómplice.
—Comprendo. ¿Piensa ir esta noche a casa del doctor Keats?
Moore hizo un movimiento negativo. —No Me siento muy deprimido después de lo que he visto Además, es muy posible que Keats esté prevenido. En todo caso, iríamos otra noche, cuando haya relajado su vigilancia.
—Señor —dijo la chica.

— Effie?

—;Por qué tuvieron que asesinar a la señora Grooth? El día que me despidió se portó horriblemente conmigo, pero empiezo a pensar que

no estaba en su sano juicio en aquellos momentos. Siempre fue conmigo muy cortés y amable, a pesar del sueldo de miseria que me daba...
—Mi salario no es mucho mayor, Effie —sonrio el joven. Ella agitó una mano. ,
—Es un cincuenta por ciento superior y, ademas, las circunstancias son también muy distintas y... No entiendo por qué tuvo que morir, francamente.
-Tiene una explicación -dijo él-. Claro que, por ahora no son más que suposiciones, que deberán ser confirmadas en el momento apropiado. Simplemente, Shera se dio cuenta de que estaba siendo engañada y decidió cortar por lo sano.

Además, no la despidió a usted por escuchar detrás de las puertas, aunque casualmente oyera mencionar el nombre del doctor Keats, sino por ser la sobrina de Ingrid Micawber. —

¿Lo cree así? —se asombró Effie. —Estoy seguro, aunque no pueda demostrarlo. Cuando se lo dije, Shera se puso lívida, lo cual me hizo saber que mi pregunta era certera.

Effie se quedó meditabunda unos segundos. Luego dijo: —Señor, empiezo a creer que el testamento de tía Ingrid
no sólo no es irrevocable, sino que puede que haya sido
manipulado.
—Estoy de acuerdo con usted. Su padre, además, creía que su hermana había sido envenenada.
—Sí, señor.
—¿Sabe dónde la enterraron?
—Por supuesto.
—Bien, en tal caso, y cuando tengamos más detalles sobre el testamento, podríamos informar a la Policía y solicitar la exhumación de los restos. Lo demás quedaría de cuenta de los forenses.
—Y suponiendo que sea cierto que murió envenanada ¿quién pudo hacerlo? —murmuró Effie.
—Tal vez un hombre al que dije iba a ver, al que no he visto y a quien veré mañana en primer lugar, antes de ir a casa de Norma Hill.
—¿Puedo conocer su nombre, señor?
—Desde luego. Quintus Buthsley, presidente de la Fundación para la Prospección Mental del Futuro —contestó Moore.
Pero Buthsley no residía ya en el lugar indicado por Lyman Anthony el abogado de la señora Micawber. Moore y Effie quedaron llenos de perplejidad al conocer la noticia. En el vestíbulo de la casa donde había vivido Buthsley permanecieron unos momentos desconcertados, sin saber qué hacer. Luego, bruscamente, Moore se volvió hacia el

conserje que les había informado de la ausencia del hombre al que buscaban.

—¿Hace mucho tiempo que se marchó el señor Buthsley? —preguntó. . .
—Oh, al menos cuatro años, señor —respondió el interpelado.
Moore sacó un billete de una libra, para estimular la memoria del conserje.
—¿Sabe si dio algún pretexto para su marcha
—Dijo que iba a necesitar un apartamento más grande, pero no indicó su nuevo domicilio.
—¿Sabe a qué se dedicaba?

—Un día me dijo, creo que en broma, que iba a adivinarme el porvenir. Debía de ser adepto a las ciencias ocultas o
algo por el estilo al menos, según la placa que tema en la puerta y que arrancó en el momento de su marcha.
—¿Recuerda qué decía esa placa?

El conserje se cogió.el puente de la nariz con dos dedos. Tras reflexionar unos momentos, dijo:
—Primero ponía su nombre y luego... Ah, sí ya caigo... Presidente de la Fundación para la Adivinación del Porvenir o algo por el estilo.
—Fundación para la Prospección Mental del Futuro —recitó Moore.
-¡Sí, exactamente, eso era! Pero ya no he vuelto a saber más de él.
—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Effie repentinamente.
—Oh era muy alto, más que el caballero, distinguido, gentil... aunque debía de tener algún defecto en las piernas, porque caminaba con dificultad...
—Gracias, eso es todo—dijo Moore.

Salieron a la calle. El joven volvió la mirada hacia Ettie.
—Ya no cabe la menor duda. Buthsley, quienquiera que sea, se marchó después de haberse convertido en el heredero
de tía Ingrid.

—Y eso significa que, efectivamente, la asesino. -También significa otra cosa, Effie: Buthsley es Ashakel. Callaron unos momentos. Luego, Effie murmuró: —Lo difícil va a ser dar con Ashakel. Tenemos su descripción sabemos que padece un defecto en las extremidades inferiores, que le impide caminar con normalidad, pero desconocemos su paradero en absoluto.
—Quizá lo averigüe yo esta tarde —dijo é! pensativamente.
—¿Cómo, señor?
—Después de haber visitado a Norma Hill le podré dar respuesta —

aseguró Moore.
—Has sido puntual —sonrió Norma, después de abrir la puerta de su apartamento.
—Siempre lo soy, con las mujeres hermosas —contestó él.
—¿A cuántas le has dicho lo mismo?
Era una frase inicua. «Como para estrangularla», pensó el joven. Pero supo reír al contestar;
—No las he contado. Pongamos una o dos al día..
Norma lanzó una alegre carcajada y se colgó de su brazo. Moore se dio cuenta de que ella vestía de modo sugestivo, con un peinador transparente y ropa interior negra, con muchos encajes. Medias negras y zapatos con tacones de diez centímetros completaban el atavío, destinado, evidentemente, a poner de relieve sus innegables encantos físicos.
—¿Quieres beber algo? —preguntó.
—No, gracias. Lo que sí me gustaría es saber por qué me has llamado, Norma.
--Te ofrecí un buen empleo, Bertie.
—Lo recuerdo perfectamente y te lo agradezco con toda el alma.
—Pero no aceptas.
—Ya te di mi opinión. Tengo mi orgullo y no me gusta vivir a expensas de una mujer.
—De acuerdo, Bertie. Admiro tu espíritu de independencia, pero eso no significa que no puedas venir a verme con cierta frecuencia.
—Oh, claro que sí. Lo uno no tiene nada que ver con lo otro.
—Vienes a verme y sigues siendo independiente... pero ¿de qué viviras ?

—Tengo un empleo en perspectiva —mintió el—, empezaré la semana próxima, no te preocupes.
Norma se le acercó y pasó los brazos en torno a su cuello. Mordisqueó un poco sus labios y luego aspiró el aire vanas veces seguidas.
—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Huelo mal
—A sudor, querido...
—Algunas dicen que es un perfume varonil. De macho.
Norma arrugó la nariz.
—Soy un poco más delicada —dijo—. Siento repulsión hacia el olor corporal.
Moore se preguntó adonde quería ir a parar Norma con aquellas frases que, le pareció, no tenían sentido. Pero muy pronto conoció la explicación.
Ella le acarició la cara con una mano.
—Querido, ¿por qué no te das una ducha? Tengo una espuma de

baño que huele divinamente...
En aquel instante, Moore sintió algo parecido al tañido de una campana de alarma en el cerebro.
—¿Quieres que me duche?—preguntó.
—Y yo te frotaré la espalda —rió ella—, ¿No te agrada la
perspectiva
—Sí —exclamó él vivamente—. Me gustarán tus fricciones en la espalda. Anda, vamos al baño.

Agarró la mano de Norma y tiró de ella. La mujer reía alegremente. Moore notó que su risa parecía sincera, lo que le dijo que estaba en la más completa ignorancia acerca de lo que iba a suceder.
Entraron en el baño. Ella dijo:
—Anda, desnúdate.
—Aguarda un momento —pidió Moore.
Se acercó a la bañera, buscó el grifo de la ducha y luego lo hizo girar. Inmediatamente, retrocedió y, agarrando a Norma por la cintura, la hizo caminar hacia atrás, hasta alcanzar la puerta.

Norma lanzó un grito de espanto al ver el rugiente chorro de fuego que brotaba de la ducha. Las piernas le flaquearon súbitamente y, de no haber estado sostenida por los fuertes brazos del joven, habría caído redonda al suelo.

CAPITULO X

Norma entró en una crisis de lágrimas, que se atenuó al cabo de unos momentos. Moore le dio una copa y ella tomó el licor entre hipidos.
—Vamos, vamos, cálmate —dijo el joven—. No ha pasado nada... Estoy vivo y... ¿Quién te lo ordenó?
—El... —gimoteó Norma.
—¿Ashakel?
Ella asintió. Luego alzó la cabeza.
—¿Cómo lo sabes?
—No te preocupes. Dime una cosa: ¿te lo ordenó por teléfono?
—Sí, aunque yo no sabía nada... Sólo me pidió que estuviera contigo y que procurase..., bueno, debía conquistarte otra vez... Yo le dije que tú, quizá, podías mostrarte frío y el me aconsejó una ducha con una espuma especial que encontraría en el cuarto de baño.
—De modo que te lo ordenó por teléfono.
—Sí, Bertie.
Moore reflexionó unos momentos. Luego dijo:
—Norma, es muy probable que Ashakel vuelva a llamarte. Cuando eso suceda, tú te mostrarás espantada...
—¡Lo estoy, Bertie! —clamó ella.
—Ya lo sé, pero tienes que recuperarte y fingirlo. Entonces le preguntas qué vas a hacer con mi cuerpo. Seguramente él te dirá que ya enviará a alguien para encargarse del cadáver. Lo demás corre de mi cuenta, ¿estamos?
—Sí, sí... Haré lo que tú me digas...

—Bien, ahora otra cosa. El te indicó que yo debería usar la espuma especial de baño.
--Dijo que era un potente afrodisíaco...
Moore emitió una risita burlona.
--Tiene un gran sentido del humor —dijo—. Sin duda, encontraste el frasco en el baño.
—Así es, y no sé cómo pudo llegar...
—Norma alguien puso el lanzallamas en el cuarto de baño
,Ha venido algún operario a reparar las cañerías?
—Ahora que lo dices... Sí. esta mañana; vino un inspector de la compañía de gas... Por cierto, estuvo una cantidad de tiempo enorme... Fui un par de veces y me dijo que las cañerías estaban muy defectuosas, pero que las dejaría en orden, aunque más adelante habría que cambiarlas...
—-Recuerdas su aspecto?
—Desde luego. Bastante fuerte, pero más bajo que tu, grueso...
Keats, murmuró Moore para sí.

—Ahora, dime una cosa: ¿Qué objeto tienen las reuniones con Ashakel?
—No sé quién es... Bueno, le he visto, claro, pero asegura que es un espíritu superior... y puede que haya algo de verdad porque nos recomendó los cosméticos del doctor Keats v desde luego, son infinitamente superiores a todos los que he usado hasta ahora. Conozco un par de mujeres, mayores que yo y han obtenido resultados verdaderamente sorprendentes. ¿No te asombrabas tú también de la finura de mi piel

—Pero os cuesta muy caro.
—Y qué importa? —contestó ella con vehemencia—.
¿Qué importa el dinero, cuando se consigue prolongar la
juventud mucho más de lo corriente?

En cierto modo, tenia razón, pensó Moore. No cabía la menor duda de la bondad de los específicos preparados por Keats, pero, en base a sus descubrimientos, explotaba a unas mujeres llenas de credulidad y capaces de admitir los mayores disparates sin pestañear. —Mujeres ricas, ociosas... —¿Decías, Bertie? —preguntó Norma.

—No, nada. Si pudiera localizar a Ashakel... ¿Te das cuenta de que es un asesino?

Ella bajó la cabeza.
—Ahora lo veo claro —contestó—. Pero si quieres enfrentarte con él, mañana podrás hacerlo.
-¿Eh?
—Nos ha convocado a una reunión para las doce de la noche, Bertie.
Sobrevino un momento de silencio. El teléfono sonó repentinamente y los dos se sobresaltaron.

Moore puso la mano sobre el aparato y fijó la mirada en la joven.
—Recuerda, Norma —bisbiseó.
Ella hizo un gesto de asentimiento. Cogió el teléfono y dijo:
—Norma Hill.
—Señora Hill, ¿se ha duchado ya su invitado?
—Sí... Oh, ha sido horrible... Murió carbonizado...
—Lo sabíamos. Señora Hill, lamento lo ocurrido, pero ese hombre podía dar al traste con nuestra congregación. A usted, supongo, le conviene continuar recibiendo periódicamente los productos de belleza del doctor Keats.
—Sí, sí... No quiero que me dejen sin ellos...
—Bien, en tal caso, atiéndame. Sé que le resultará desagradable, pero peor sería que tuviese que enfrentarse con la policía. Busque

algo para envolver el cuerpo de Moore y aguarde a la noche. Entonces, bájelo al estacionamiento subterráneo de su casa y póngalo en el maletero de su coche. Mañana, después de la reunión en el lugar que usted ya sabe, nos desharemos de él. ¿Entendido?
—Sí, sí... Lo haré como usted me ordena...
—Querida, soy Ashakel, el ser que prolongará tu belleza indefinidamente. No emplees conmigo tratamientos tan ceremoniosos.
—Sí, Ashakel, mi dueño y señor...
Norma colgó el teléfono instantes más tarde. Al volverse hacia Moore, dijo:

—Tengo que sacar tu cadáver y dejarlo en el maletero de tu coche. Mañana, después de la reunión, te enterraremos...
Moore torció el gesto, porque el asesino, astutamente, no se presentaría en la casa de Norma.
—Esto sí que es cargarte con el muerto —sonrió. Levantó el dedo índice—. Voy a darte un consejo, Norma.
—Sí, Bertie.
—Compórtate con toda naturalidad. No hagas nada que se salga de lo corriente y procura obedecer en todo a ese infernal sujeto.
—A veces, me parece el demonio...
—Por lo menos, actúa como si lo fuera. Recuérdalo bien, Norma. O acabarás convertida en carbón.
—¡No lo permita Dios! —exclamó ella, a la vez que se santiguaba rápidamente.
* * *
Llegó a su apartamento y llenó una copa. Desde la puerta, Effie le miró sonriente.
—¿Está celebrando algo, señor?
Moore no se volvió, aunque sonrió:
—¿Qué le parece mi piel, Effie?
—Bien —contestó ella, algo sorprendida—. La piel de un hombre normal, sano... ¿Por qué lo dice, señor?
—Ahora debería estar convertido en carbón.
—¿Habla en serio?
—La llamada de Norma, como dije, era una trampa. También pusieron un lanzallamas en su cuarto de baño.
—¿Cómo lo adivinó?
—Bien, ella empezó a decir que yo apestaba a sudor, que le desagradaba mucho los olores corporales y que debía tomar una ducha, durante la cual probaría una espuma especial de baño, con propiedades afrodisíacas.
—¡Qué descaro! —se escandalizó la muchacha—. Hay mujeres que no tienen vergüenza... ¿Qué hizo usted, señor?

—Soy un gato escaldado y huyo del agua fría —contestó Moore jovialmente—. Simplemente, le hice una demostración de lo pernicioso que, en ocasiones, puede resultar una desmesurada afición a la higiene.

—Y salió el chorro de llamas.
—Exactamente. Sin embargo, en honor a la verdad, digamos en descargo de la señora Hill que lo hizo porque se lo había ordenado Ashakel.
—¿Seguro? ¿No le engañó, señor?
—Casi se muere de la impresión cuando vio salir fuego de la ducha, porque la llevé al baño, para hacerle una demostración de lo que iba a suceder.
—Le iba a acompañar en la ducha, ¿eh?
—Oh, no, sólo pretendía frotarme la espalda.
—Supongamos que no hubiese habido lanzallamas. ¿Qué habría sucedido entonces?
—Effie, no sea suspicaz. Si no hubiese habido lanzallamas, como usted dice, Norma no habría tenido interés en que fuese a visitarla. Recuerde que dijimos desde el primer momento que se trataba de una encerrona.
Effie asintió.
—Sí, es verdad —admitió.
Moore la miró de reojo.
—Effie, ¿se siente celosa?
—¿Quién yo? Por favor, señor; no tome a mal mi interés hacia usted. Le tengo mucha simpatía, afecto... pero eso es todo.

Los ojos del joven se entornaron.
—Cuando esto acabe, buscaré un empleo —dijo—. Modestia aparte, a un hombre de mis cualidades, no le faltará un buen puesto en alguna parte. Entonces, le diré que...
Moore no pudo seguir hablando, porque, en aquel momento, llamaron a la puerta. Effie echó a andar, mientras se atusaba el cabello maquinalmente.
—Yo abriré, señor —dijo.
* * *

Un hombre, de unos cincuenta años, elegantemente vestido, con sombrero hongo y paraguas, apareció en el umbral. —Vive aquí el señor Moore, supongo. —En efecto, señor. ¿A quién debo anunciar, por favor? —Denis Barstow. Bastará que mencione mi nombre; él ya sabe quién soy yo.
—Muy bien, señor. Tenga la bondad de darme el sombrero y el paraguas.

Las dos prendas citadas pasaron a las manos de bine quien, tras dejarlas en el sitio apropiado, se dirigió al interior del apartamento.
—Señor, el señor Barstow —anunció la chica—. Dice que usted ya le conoce.
—¡Barstow! —exclamó el joven vivamente—. ¡Pues claro que lo conozco...!
Dejó el salón y se dirigió hacia el pequeño vestíbulo. Barstow avanzó hacia él con la mano extendida.
—Querido Moore, agradezco infinito que haya accedido a recibirme —dijo—. La verdad, esperaba otra clase de recibimiento...
—No soy descortés, aunque tampoco tengo motivos para dar volteretas de alegría —contestó el joven—. Pase, por favor. ¿Quiere tomar algo?
—Un poco de whisky. Puro, muchas gracias.
Entraron en la sala. Moore llamó a la chica.
—¡Effie!
Ella apareció a los pocos instantes.
—Dos whiskies, por favor.
—Sí, señor.

Effie actuó rápida y discretamente, y luego se retiro, dejándolos solos. El visitante tomo un sorbo de whisky y luego miró al joven.
—Amigo Moore, en nombre de la empresa, vengo a presentarle nuestras más humildes excusas —dijo.
Moore alzó las cejas.
—¿He oído bien, señor?

—Ha oído perfectamente. Conozco a fondo los motivos que le impulsaron a tomar la decisión de dimitir...
—Estaba a punto de ser despedido. Prácticamente, ya me habían dado la patada, y usted perdone la expresión.
—Lo sé, lo sé también, pero usted, a mi entender, se marchó con demasiada precipitación, sin solicitar una investigación, a lo que tenía derecho. Naturalmente, esa investigación se ha realizado.
-¿Y...?
—Usted está libre de toda culpa. Hizo bien al negarse a los manejos del vicepresidente encargado de la contabilidad. Ha sido despedido y por contento puede darse de que la investigación no haya sido proseguida por la policía. Moore, su honradez queda fuera de toda duda y, por tanto, en nombre propio y en el de la empresa, le ruego vuelva a ocupar su puesto, con un veinte por ciento de aumento sobre su salario habitual. Y, además...
—Diga, señor.
—Además, le concederemos, en el próximo consejo de

administración, el cargo del anterior y desleal vicepresidente. Esto significará unos emolumentos extraordinarios... Bien, no es preciso que se lo diga, porque usted llevaba las cuentas de la empresa. ¿Qué me contesta?
Moore sonrió.
—No puedo rechazar la oferta, señor. Pero...
—¿Sí? ¿Tiene algo más que exigirnos? —preguntó Barstow ansiosamente.
—Unos días de vacaciones, antes de volver a mi puesto, señor.
—Claro, hombre, tómese todo el tiempo que necesite... Bueno, sin exagerar...
—Dos, quizá tres semanas, pero no más. Mientras, mi adjunto puede suplirme sin inconvenientes. Es un hombre muy capaz y también de honestidad a toda prueba.
—De acuerdo, Moore. —Barstow se levantó—. Gracias por su benevolencia hacia nosotros.

—Yo le estoy muy agradecido por haberse acordado de mí, señor.
El visitante se encaminó hacia la puerta. Moore le devolvió el sombrero y el bastón. Luego, Barstow se volvió hacia el joven.
—Oiga, esa chica tan preciosa... —sonrió.
—Es mi doncella, señor.
Barstow le guiñó un ojo.
—Si un día la despide, avíseme...
Moore sonrió.
—Voy a despedirla muy pronto, pero le advierto que ya tiene un nuevo empleo, señor.
—¡Lástima! —suspiró Barstow.
La puerta se cerró. Moore quedó en el mismo sitio, son riendo satisfecho.
—Ni el mismo Buthsley hubiera sabido adivinarme el porvenir...
—Han vuelto a buscarle, ¿eh? —dijo Effie de pronto.
—Parece que, efectivamente, tiene el vicio de escuchar detrás de las puertas —manifestó él.
—La construcción de esta casa es muy defectuosa, señor; más bien parece una caja de resonancia y el menor sonido se percibe desde cualquier lugar.
—Tiene usted un aguzado sentido de la ironía crítica, Effie. De modo que sabe ya que vuelvo a mi antiguo empleo.
—Con más sueldo y perspectivas de promoción. Le felicito, señor. Y me alegro, porque eso significa que le han hecho justicia.
—Gracias, Effie. —Moore se volvió—. Entonces, si ha escuchado la conversación que hemos sostenido el señor Barstow y yo, sabrá también que pienso despedirla.

Effie estaba muy pálida, pero se mantenía serena.
—Lo he oído, señor —contestó—. Pero también ha dicho que tiene un nuevo empleo para mí.
—Es cierto.
—Debo advertir al señor que habrá de contar con mi con-
sentimiento para aceptar ese nuevo empleo —dijo la chica.
—No lo dudo en absoluto.
—Bien, al menos, ¿puede decirme qué empleo es, señor?
—Lo siento —repuso Moore—, Por el momento, prefiero callar, porque antes debo hacer otras cosas Acompañarla al abogado Anthony, aunque no esté presente en la entrevista... y, por la noche, asistir a la reunión convocada por Ashakel.
Effie sintió que se quedaba sin respiración.
—¿Otra reunión? —exclamó, sin poder contenerse.
—En efecto, con la diferencia de que, en esta ocasión, mi asistencia será completamente voluntaria —dijo el joven.

CAPITULO XI

Moore detuvo el coche en las inmediaciones de la casa donde Anthony tenía su bufete. Volvióse hacia la chica y sonrió.
—No se comprometa a nada —aconsejó—. Escuche, asienta a todo lo que le digan, pero no diga sí a nada en absoluto. Y mucho menos, firmar un papel de ninguna clase.
—Aunque dijera algo en sentido afirmativo, si no queda luego constancia por escrito...
—Puede haber alguna grabadora oculta. No se confíe.
—Usted no sube y, sin embargo, me gustaría...
—Mire, a mí también me gustaría, pero podría ocurrir que Ánthomy se mostrase reticente y eso no nos conviene. Interesa, sobre todo, que hable con toda claridad. Después de conocer sus intenciones, podremos actuar en la forma más conveniente para sus intereses. Luego, como es lógico, comunicaremos a mi amigo el abogado el resultado de la entrevista y él nos aconsejará para lo mejor para resolver el asunto a su favor.

Effie sonrió encantadoramente.
—Empiezo a pensar que fue una suerte para mí el día en que me dijo que me tomaría a su servicio, si me despedía la señora Grooth —dijo.
—La verdad es que fue una frase más bien de cumplido. Nunca creí que se hiciera realidad.
—Pero me aceptó como su sirvienta.
—Es que, de haber sabido que la pobre Shera iba a despedirla, hubiera dicho lo mismo, pero con las intenciones auténticas de darle e! empleo.
—Y, sin embargo, ahora piensa despedirme.
—Por supuesto. Pero todavía está, digamos, bajo contrato.
Effie asintió.
—Seguiré con usted hasta que me despida. No obstante, habrá de permitirme que le diga me muero de curiosidad por conocer el nuevo empleo que quiere darme. ¿Acaso en su empresa? ¿Su ayudante de contabilidad, teniendo en cuenta que llevaba la del taller de mi padre?
—Voy a dejar que siga muriéndose de curiosidad —rió él—. Vamos, sea buena muchacha y no haga esperar al señor Anthony.
—Dicen que la impuntualidad es un privilegio femenino.
—Más concretamente, de las mujeres hermosas, Effie.
Ella se ruborizó ligeramente.
—Volveré lo antes que pueda, señor.

Abrió la portezuela y abandonó el coche. Cuando llegaba a la puerta de la casa, se volvió y agitó una mano enguantada.

Moore hizo un gesto análogo. Effie desapareció en el interior del edificio y él encendió un cigarrillo.

Momentos más tarde, llegó una furgoneta, que se situó a unos diez o doce pasos por delante del coche. Moore no le prestó la menor atención.
Transcurrieron algunos minutos. Moore empezó a sentirse impaciente.
Consultó su reloj. Meneó la cabeza. Apenas había pasado un cuarto de hora. Demasiado pronto, pensó.

Un hombre salió a poco del edificio, llevando un gran baúl en una carretilla. El conductor se apeó y le ayudó a cargarlo en la caja. Luego, los dos hombres subieron a la cabina y la furgoneta se alejó.

Transcurrió media hora. Moore tenía los nervios a punto de estallar. La tardanza de Effie empezaba a inquietarle.
Pasados unos minutos, se decidió por entrar a buscarla. Subió al piso donde Anthony tenía su bufete y llamó a la puerta.
No le contestó nadie. Un oscuro sentimiento de miedo se apoderó de su ánimo.
Volvió a llamar, con idéntico resultado. Tanteó la puerta, pero estaba cerrada con llave y se decidió por la vía rápida. Un tremendo puntapié hizo saltar la cerradura y se precipitó en el interior del apartamento.
Estaba vacío.
Durante unos momentos, Moore se sintió como si el mundo se le hubiera desplomado sobre su cabeza. En un instante, comprendió lo ocurrido.
Se habían llevado a Effie delante de sus narices. El falso
cargador, con la carretilla, el chófer... un tipo grueso, pero
al que no había sabido reconocer, porque llevaba gorra a
cuadros y lentes... El cargador vestía un mono de trabajo y
se tocaba con un sombrero abollado...
—Anthony y Keats...
Ashakel y Keats, rectificó.

Trató de forzar su memoria. Entonces recordó que la furgoneta en la que había sido cargado el baúl era la misma que se había utilizado para asesinar a Corkie Niggle.

Crispó los puños con rabia. ¿Habría muerto Effie?

Una oleada de furia infinita hirvió en su interior. Pero, a los pocos momentos, consiguió tranquilizarse.

Effie estaba viva, aunque tenía la seguridad de que había sido introducida en el baúl, después de haber sido drogada.

Y esta vez, Ashakel, para amedrentar a sus fieles devotas, no tenía una Kathy Spasser a quien quemar como ejemplo. La única, en tal caso, podía haber sido Shera, pero ya había pagado cara su traición.

—Bien —dijo a media voz—, esta noche, señor Ashakel, demonio con figura humana, nos veremos las caras. Tú me crees en el maletero de un coche, convertido en un pedazo de carbón, pero te vas a llevar una sorpresa como no puedes imaginarte siquiera.

A pesar de sus aprensiones, no pudo por menos que sonreír.

—De modo que una Fundación para explotar el futuro... y ni siquiera habéis sabido adivinar que sigo con vida.

Dio media vuelta, dispuesto a marcharse, relativamente tranquilizado, pero entonces pensó que no estaría de más echar un vistazo al bufete.

No quedaba un solo papel. Era evidente que Anthony tenía prevista la huida y se había preparado con tiempo. Sin embargo, al examinar el cuarto de baño, encontró algo que llamó su atención.

Era una bolsa de tela corriente, de color claro, que conté nía algo que sonaba con tonos opacos. Al abrir la bolsa, encontró unos objetos de madera que le llenaron de perplejidad.

Al cabo de unos momentos, sin embargo, adivinó su utilidad y entonces tuvo que echarse a reir.

—Un bonito truco —dijo.

Era fácil saber ahora por qué Buthsley caminaba con dificultad. Ató de nuevo el cordón de la bolsa y, con ella en la mano, abandonó el edificio.
* * *
Norma le había dado indicaciones muy precisas para llegar al lugar donde iba a celebrarse la reunión. A Moore no
le extrañó en absoluto encontrarse con un edificio viejo, con evidentes señales de abandono y, además, situado en un paraje solitario.

La hora de la reunión estaba fijada en la media noche, pero él llegó poco después de ocultarse el sol. Esperó a que la oscuridad se hubiera hecho por completo y entonces avanzó hacia la casa.

El coche había quedado a prudente distancia. Llegó junto al edificio y recorrió sus contornos, pegado a las paredes. De pronto, oyó unas voces que parecían brotar de las entrañas de la tierra. En el primer momento, se sintió desconcertado, pero muy pronto encontró la explicación.

Había una ventana a ras del suelo, que daba a un sótano,
escasamente iluminado, en el que había dos hombres. Moore
los reconoció inmediatamente.

—¿Estos chismes funcionarán satisfactoriamente? —dijo
Anthony.
—No te preocupes —contestó el doctor Keats—. Lo he
comprobado una y otra vez. No fallarán, descuida.

—Las otras dos plataformas se perdieron en el incendio
de la casa de íngrid Micawber —murmuró el abogado
rabiosamente.

—Bien, éstas son de otra marca, pero del mismo
funcionamiento. Además, y por precaución, las compré en distintos lugares. Yo ya estoy preparado, Lyman; ahora eres tú el que debe prepararse adecuadamente.

—Lo estaré a su debido tiempo, Basil. Dime una cosa...

¿No se recobrará la chica antes de tiempo?
Keats soltó una risita.
—Sé graduar muy bien la dosis, de acuerdo con las características de cada persona. Cuando empiece a recobrar la consciencia, ya será tarde para ella y tus adoradoras volverán a comprobar una vez más tu poder infinito.
Keats pronunció las últimas palabras con un tono evidente de burla, pero Moore sabía que no encerraban ninguna broma, sino que eran el anuncio de la muerte de una persona inocente.
—¿Qué me cuentas de ese entrometido de Moore? —preguntó el doctor Keats.
—Ya no tenemos que temer nada de él. Está en el maletero de un coche y lo enterraremos cuando acabe la función. Tú te esconderás y tomarás algunas fotografías. Norma Hill está podrida de dinero y vaciará sus arcas en nuestro beneficio.
—Piensas en todo, Ashakel —rió Keats.

—Debo hacerlo, si queremos llenar nuestro bolsillo. Bien,

voy a dar una vuelta para ver cómo sigue la chica. Luego prepararé mi indumentaria...

Anthony se interrumpió repentinamente para lanzar una exclamación de enojo.
—Maldita sea, con las prisas, olvidé los suplementos de suela —exclamó.
—No es un contratiempo insuperable, hombre. Ahora, cuando termine de dar los últimos toques a estos chismes, subiré a la cocina y te prepararé dos suplementos con unos trozos de madera, de los que hay en la leñera. Te los sujetas a los pies con unas tiras de esparadrapo y problema resuelto.
—Basil, no sé qué haría sin ti...
—Y yo sin tu labia --rió Keats nuevamente—. Estamos hechos el uno para el otro, Lyman, no lo dudes.

El abogado se marchó. Tendido en el suelo, Moore permaneció todavía un buen rato en la misma postura.
Ahora ya no le cabía duda de que Effie estaba en aquel caserón. Por fortuna, se dijo, la droga le impedía darse cuenta de su situación. En un principio, pensó en liberarla inmediatamente, pero temió a la reacción de la pareja de asesinos. Podían estar armados y él no tenía más que sus manos... Pero, además, era preciso desenmascararlos públicamente, ante unos testigos que acabarían por darse cuenta de su sanguinaria impostura.

El doctor Keats estuvo trabajando todavía unos minutos. Luego dejó las herramientas a un lado y abandonó el sótano.
Entonces, Moore, sigilosamente, se deslizó a través de la ventana y entró en el subterráneo.
* * *
Una de las plataformas tenía un tubo de hierro, al cual sería atada Effie, como había sucedido con Kathy Spasser. La otra era la que servía para hacer aparecer a Anthony, en su pape! de Ashakel, surgiendo de la nada para impresionar
a unas mujeres crédulas y... «Estúpidas», las calificó mentalmente.

En la primera plataforma, por debajo, había unos artilugios que examinó concienzudamente. Vio un cilindro de color rojo vivo, semejante a un extintor de incendios, que no medía menos de un metro de largo por veinte centímetros de diámetro, sujeto a la base de la plataforma, con la válvula dirigida hacia arriba.
Debajo del cilindro rojo había un aparatito que supo bien pronto era el mecanismo de ignición, accionado por una simple pila de 1,5 voltios Bastaba una pequeña chispa eléctrica, hecha brotar cuando se abría

la válvula, para que el contenido del cilindro produjese en el acto un devorador chorro de fuego.

El tubo contenía, supuso, una gran cantidad del napalm casero elaborado por el doctor Keats. Seguramente, lo había mezclado con algún gas comprimido, oxígeno, calculó, de modo que la mezcla saliese a presión, cosa que no sucedería si el napalm estuviese en estado puro.

En la otra plataforma encontró magnesio en polvo, con otro mecanismo de ignición semejante al anterior. Así se producía la gran humareda, después del fogonazo, que precedía a la mágica aparición de Ashake!.
Una vez estuvo al corriente óe todo, Moore se puso al trabajo inmediatamente.

Al otro extremo del sótano divisó una vieja pila con un grifo. Probó éste, vio que salía agua y regresó a la plataforma para soltar el cilindro, cuyo contenido vació con lentitud, a fin de evitar contratiempos perjudiciales.

El agua arrastró la mezcla incendiaria, mientras el gas se disipaba en la atmósfera.

El cilindro quedó de nuevo en su sitio. Para mayor seguridad. cortó los cables que lo conectaban a la batería, aunque procuró dejarlos unidos, a fin de que no se notase la solución de continuidad. Cuando terminó, eran casi las once.

Sigilosamente, sin hacer el menor ruido, abandonó el sótano y se dispuso a aguardar el momento adecuado para desenmascarar a dos asesinos sin escrúpulos.

CAPITULO XII

Rumor de coches se dejó oír poco después. Moore se había escondido en un lugar desde el que dominaba una espaciosa habitación, situada directamente sobre el lugar en que se hallaban las plataformas, que surgirían a través de sendas trampillas practicadas en un estrado análogo al construido en la casa quemada.

Había una especie de balconada interior, que permitia una amplia visión de la escena. Moore se tumbó en el suelo, teniendo al alcance de la mano aquella especie de zuecos de madera, de casi quince centímetros de altura y que el abogado había olvidado en su bufete.

Eran macizos, y tenían el contorno apropiado a los pies de Anthony. Disponían de unas correas para sujetarlos a las piernas, y la túnica, adecuadamente larga, los ocultaba por completo, de modo que con este sencillo ardid, el impostor aumentaba su estatura hasta alcanzar casi los dos metros.

Las mujeres entraron silenciosamente y se arrodillaron en círculo frente al estrado. Moore observó particularmente a Norma Hill. Deseó que mantuviese la serenidad. Si perdía los nervios, podía estropearlo todo.

Transcurrieron algunos minutos. Más mujeres llegaron y, sin pronunciar una sola palabra, ocuparon sus puestos.
Todas vestían de la misma manera, túnicas blancas, que cubrían sus cuerpos enteramente hasta los pies. Las manos estaban ocultas y Moore calculó que también escondían los sobres con que luego premiarían el discurso de Ashakel.

El silencio era absoluto. Repentinamente, Moore percibió un extraño perfume.
Era un olor denso, dulzón, que no resultaría desagradable en pequeñas dosis. Ahora, su misma intensidad lo hacía repulsivo.

Sintió unas ligeras náuseas y tuvo que retirarse a la habitación para respirar el aire puro a través de una ventana abierta. Ya no le cabía la menor duda el perfume contenía ciertas sustancias alucinógenas, que embotarían aún más las mentes de las mujeres.

Había ido prevenido, porque suponía que Effie podía necesitarlo más tarde. Sacó el frasquito plano que llevaba en el bolsillo posterior y vertió un poco de coñac en un pañuelo, que ató inmediatamente tras la nuca. De este modo, tenía un filtro que le evitaría continuar

aspirando aquellos perniciosos vapores.

Ashakel surgió de oronto, entre una nube de humo blanco, que se disipó rápidamente. Las mujeres prorrumpieron en un clamoreo histérico.
—¡Ashakel. Ashakel. Ashakel...!

El impostor levanto ambas manos, a la vez que sonreía satisfecho Moore observó el maquillaje especial, que modificaba en parte su pelo negro y ponía un agudo pico negro en el centro de su frente. Ahora debía llevar puestos los zuecos de emergencia construidos apresuradamente por el doctor Keats.

Moore se sentía también un tanto nervioso, porque estaban llegando al climax. Si a Keats se le ocurría revisar una vez más ei infernal artilugio... No quería ni pensarlo; toda su vida estaría sometido a horribles remordimientos de conciencia...

Ashakel empezó a hablar y pronunció un altisonante discurso. copia casi exacta del que Moore había oído en cierta memorable ocasión. Las mujeres le escuchaban arrobadas, bebiendo literalmente cada una de sus palabras.
Al terminar, agitó una mano. Una trampilla se abrió en dos hojas y la plataforma surgió, con Effie desnuda y encadenada al poste.

Moore apreció la expresión de desconcierto que había aparecido en el rostro de Anthony, al ver que no se producía la nube de humo, que producía la aparición mágica de la sentenciada. En esos momentos, calculó el joven Anthony debía de estar maldiciendo interiormente aa doctor Keats
Sin embargo, procuró rehacerse y sonrió. A continuación. volvió a pronunciar otro discurso, relativo a la necesidad de extirpar el miembro enfermo que podía destruir el cuerpo. Luego anunció que la traidora iba a arder para siempre recalcó chillonamente la frase para siempre y chasqueó ios dedos.
No ocurrió nada.
Moore vio descomponerse ei geste del impostor A pesar de todo, Anthony, repitió la frase y volvió a sacudir la mano
Entonces, Moore se puso en pie bajó el pañuelo y aplaudio cortésmente.

—¡Bravo, bravo! —exclamó—. Una hermosa representación, pero, por desgracia, no puedo pedirle el bis.
Anthony le miró con ojos extraviados

—¡Usted! Tenía que estar,..
—Muerto, ¿verdad? Siento no haberle dado esta alegría, pero usted empezaba a hacerse ya monótono con sus lanzallamas caseros y, en cuanto me invitaron a darme una ducha, me imaginé lo que podía sucederme.

—¡Ella me engañó! —rugió Anthony, señalando a norma.
Las demás mujeres, estupefactas y en parte alucinadas, no comprendían nada de lo que estaba pasando.

—Sí, le engañó —admitió Moore-, de acuerdo conmigo, para cazarle con las manos en la masa y que todas estas crédulas mujeres sepan la clase de embaucador que es usted, además de asesino sin escrúpulos. Usted no es ei demonio ni nada que se le parezca, sino un estafador con mucha imaginación, pero que, además, recurre al crimen cuando ve en peligro su posición. Kathy Spasser, quien seguramente descubrió la impostura y se negó a seguir siendo explotada; Corkie Niggle, el hombre que había trabajado como jardinero en casa de la señora Micawber y que podía darme información sobre el particular... Alvin Castle, el hombre que compró las otras dos plataformas y que, seguramente, formaba parte de la banda.. Incluyamos también a Shera Grooth, otra rebelde y tendremos completa la relación de personas asesinadas. Ello sin contar con la señora Micawber, a la cual suponemos envenenó, cuando se hacía llamar Quintus Buthsley, sedicente director de la Fundación para la Prospección Mental del Futuro.

Moore soltó la parrafada de un tirón, en medio de un silencio absoluto, escuchado religosamente por las mujeres allí reunidas y que daban la sensación de empezar a recobrar la cordura. Incluso Effie parecía volver en sí y miraba a su alrededor con ojos turbios, aunque todavía sin comprender lo oue sucedía a su alrededor.

De pronto Moore vio que Anthony metía la mano en el interior de su túnica y se agachó para recoger algo, que lanzó inmediatamente con todas sus fuerzas.

El suplemento de madera alcanzó a Anthony en pleno pecho, cuando ya sacaba un revólver.
--¡Toma, para que seas aún más alto! —gritó el joven burlonamente.

Anthony se tambaleó y soltó el revolver. Las mujeres empezaron a chillar repentinamente y no le dedicaban elogios precisamente.

El impostor cobró miedo. De pronto, dio media vuelta y trató de

escapar.

Corría dificultosamente. Moore se descolgó por la barandilla. Agarró la túnica de una de las mujeres y, arrancándosela de un tirón, la puso en manos de Norma.

—Atiéndela —ordenó—. Las demás, tengan cuidado; el cómplice de ese asesino, Keats, está en el sótano.
Norma recibió la túnica. Moore se volvió hacia ella.
—Dame las llaves de tu coche —pidió, adivinando las intenciones de Anthony.

—Están puestas. Ve tranquilo, yo cuidaré de esa pobre chica.
Una mujer lanzó un furioso grito:
—Amigas, vamos a por el otro granuja que nos ha estafado...

Moore se precipitó hacia la puerta. Cuando salía, vio las luces rojas de un coche que arrancaba a toda velocidad.

Le costó un poco dar con el coche de Norma, pero al fin lo encontró. Las luces del automóvil de Anthony eran ya apenas visibles, pero, poco a poco, fue ganando terreno.
El impostor huía, ahora lleno de pánico, al haber sido desenmascarado. De pronto, Moore se dio cuenta de que no estaban demasiado lejos de la casa que había sido destruida por el fuego.

A lo lejos brillaban numerosas luces intermitentes. Moore se preguntó qué podía suceder, pero muy pronto vio que la ruta que seguían les harían pasar sobre aquella batería de faros de color ámbar y rojo.

El coche de Anthony entró en un puente elevado. Bruscamente, patinó y se fue de costado contra el parapeto. La colisión produjo un estruendo horroroso, seguido del estallido de un par de neumáticos.

Moore empezó a frenar. El pavimento estaba muy mojado, lo que había provocado el patinazo del otro coche. Entonces vio a Anthony que se apeaba del vehículo, mirando frenéticamente a todas partes.

Un enorme camión se acercó lentamente por la carretera de nivel inferior. Anthony vio al joven que corría hacia él y decidió realizar una desesperada tentativa de evasión.
El joven lo vio ponerse en pie sobre el parapeto.
—¡No haga eso! —gritó.

Anthony se volvió y le hizo un gesto de burla. Para llegar a la otra

carretera era preciso dar un enorme rodeo. Moore adivinó sus intenciones saltaría al techo del camión que se acercaba y luego se perdería en la protectora oscuridad de los campos circundantes.

El impostor saltó. Moore corrió al parapeto. Vio a Anthony caer y oyó un alarido desgarrador que descendía con él. Los operarios que estaban abajo chillaron agudamente.

Merced a las luces de advertencia que habia por todas partes. Moore pudo ver al impostor sumergirse en la enorme cuba de hirviente asfalto que era transportada por el camion.
Anthony se sumergio por completo, pero asomo un instante, negro por completo totalmante envuelto envuelto en aquella quemante sustancia negra. Moore le vio abrir la boca en una mueca imposible, pero no pudo percibir el menor sonido.

Luego Anthony volvio a sumergirse y la cuba quedo oculta por la estructura del puente, mientras el camion continuaba su lento desplazamiento.

Durante unos momentos. Moore permanecio en el mismo sitio petrificado de horror. Pese a que sabia que Anthony merecia ser castigado, ahora le compadecia porque ni aun queriendolo le habria deseado una muerte tan espantosa.

De pronto oyo una voz a su lado.

Se lo tenia bien merecido.

Moore se volvio, el hombre alto, como Anthony con los zuecos puestos , de pelo negro y mirada llameante durante unos segundos, el joven creyo tener de nuevo al impostor junto a el, pero el otro sonrio y vio que se trataba de otra persona.

Me fastidian los aficionados que quieren tomar mi puesto- dijo el desconocido-No me gusta que me irriten, ¿sabe ?

¿Quien es usted ?- pregunto Moore atonito

El otro sonrio de una forma peculiar.

Deberia adivinarlo, amigo mio- contesto

Luego echo a andar a lo largo del puente, meneando la cabeza.

Realmente esta prohibido que me irriten, pero a fin de cuentas, el hombre tiene su libre albeldrio y debe atenerse a las consecuencias de sus actos.

La voz se alejo con el desconocido que se fundio con las tinieblas en contados segundos. Moore quedo en el mismo sitio, preguntandose si habia sido victima de una alucinacion

¿O era el ?

No se atrevio a pronunciar el nombre del ser a quien habia visto. Pero se imaginaba facilmente quien era.

Al cabo de unos momentos, subio a su coche y emprendió el regreso a la casa donde se había celebrado la última reunión de Anthony.

Norma salió a recibirle.

—La chica está bien —le-informó—. Keats está a buen recaudo. Algunas se negaban, pero al fin hemos llamado a la Policía.
—Gracias —sonrió Moore.
—¿Qué ha sido de Ashakel, Bertie?
Moore pensó unos instantes en las horribles escenas que había presenciado. Luego sonrió.
—No era el diablo, pero ha ido al infierno —contestó.
—¿Muerto? —dijo Norma.

El joven asintió. De pronto, vio a Effie que acudía hacia él, vestida con la túnica de una de las reunidas, y corrió a su encuentro con los brazos abiertos.

Llegó a la casa, silbando alegremente, haciendo saltar las llaves del coche en la mano. Lo primero que vio fue una maleta en la puerta.

—Diríase que me ha adivinado el pensamiento —murmuró. Alzó la voz—: ¡Effie! —llamó.

Momentos después, oyó ruido de tacones. La chica apareció a los pocos instantes.
—¿Señor?
—Effie, ¿qué significa esta maleta?
—Me voy, señor. Usted dijo que me despediría cuando todo hubiese terminado...
—Es cierto y mantengo mi palabra. Pero también le hablé de otro empleo, si tiene memoria.

—La tengo, señor. Sin embargo, como no volvió a mencionarlo...
—Effie, he estado muy ocupado estes días, como habrás tenido ocasión de comprobar.
—Sí, señor.

Bien, lo primero que debo decirte es que mi amigo el abogado me ha dado la buena noticia de que el testamento de tía Ingrid es falso. Bueno, lo firmó ella, pero ya sin saber lo que hacía. Por tanto, ha iniciado los trámites necesarios para que usted se convierta en la propietaria de los bienes que dejó la hermana de su padre, cosa que no tardará mucho en hacerse efectiva.
—Una buena noticia. Muchas gracias, señor —sonrió Effie.
—Lo malo es que aquella pareja de desaprensivos vaciaron la cuenta corriente de tía Ingrid. En cuatro años, dilapidaron un montón de dinero... Luego se les ocurrió el truco de los cosméticos rejuvenecedores...
—Parece que daban buenos resultados —observó Effie.
—Eran de otras marcas y Keats les ponía su propia etiqueta. Sí, eran bastante buenos, pero no tanto como para conseguir que una persona tenga el mismo aspecto de los treinta años cuando llega a los ochenta.
—Entiendo. ¿Hay algo más, señor?
—¡Claro, mujer! Tu nuevo empleo.
—¿Y si no me gusta?
—Me sentiré muy mal, porque ya nos están esperando.
—¿Viene usted conmigo?
—Por supuesto. ¿Cómo se va a celebrar una boda sin el novio?
Effie se puso pálida.
—Señor...
—Bertie, a partir de ahora —dijo él.
—¿E... estás hablando en serio?
—¡Effie! ¡No te desmayes! —gritó Moore, alarmado, al ver que la muchacha se ponía una mano en la frente.
—No... no tengas cuidado... La emoción... ¡Caramba, no todos los días le ofrecen a una cierta clase de empleo
—Entonces, ¿aceptas?
Effie suspiró largamente.
—Acepto el empleo para toda la vida —contestó.

FIN